The Library
of the
University of North Carolina

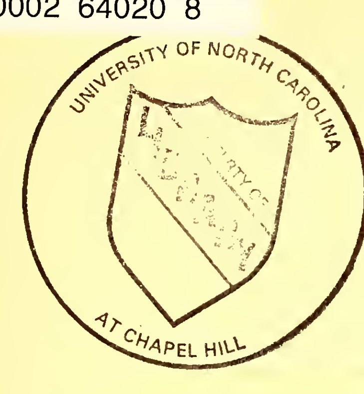


Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

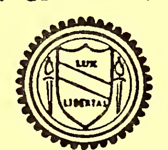
862.8
T255
v.200

JDL
PQ6217
.T44
v. 200
n. 1-17

a 00002 64020 8



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 200
n. 1-17

536

Luis Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez

ARSENIO LUPIN

COMEDIA EN TRES ACTOS

adaptada al castellano



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1912

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/arseniolupncomed2001croi

ARSENIO LUPIN

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

F. de Croisset y Maurice Leblanc

adaptada al castellano por

LUIS GABALDÓN y ENRIQUE F. GUTIÉRREZ

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO CÓMICO el día 19 de Abril de 1912



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL DUQUE DE CHARMERACE, 28 años	SRTA. PRADO.
SONIA, señorita de compañía, 22 íd., rubia	SRA. FRANCO.
GERMANA GOURNAY, 24 íd., morena	SRTA. MEDERO.
VICTORIA, ama de llaves, 46 íd.	SRA. CASTELLANOS.
IRMA, doncella, 20 íd.	SRTA. ROMÁN.
GUERCHARD, inspector jefe de policía, 45 íd.	SR. CHICOTE.
GOURNAY, millonario, 60 íd.	SOLER
JUEZ DE INSTRUCCIÓN, 35 íd.	PONZANO.
EL COMISARIO, 40 íd.	ALONSO.
BOURSIN, agente de Seguridad, 30 íd.	CASTRO.
CHAROLAIS, criado de Lupin, 42 íd.	DELGADO.
AGENTE DE POLICÍA, de uniforme	PEINADOR.
DIEUSY, agente de Seguridad	MORALES.
BONAVENT, ídem íd.	GONZÁLEZ.

La acción en París, en 1908

Derecha é izquierda, las del actor

Esta obra se imprime exclusivamente para servicio de las compañías, pudiendo adquirirse en la Sociedad de Autores.



ACTO PRIMERO

Gran salón de un antiguo palacio. A la izquierda, primer término, una puerta por la que entran los que vienen de la calle. Al fondo, derecha, formando ochava, un gran vitral por el que se divisa un salón inmediato. En un lado de la habitación, una escalera de dos hojas, tirada en el suelo. Al fondo, frente al público un ventanal grande abierto, cuyas maderas están rotas y una de las persianas, como arrancada violentamente, cuelga. Sobre el alféizar de la ventana se ven los largueros de una escalera. Un velador adosado á la repisa de la ventana, desde la que se ve el jardín del palacio y una casa en construcción. Al fondo izquierda y en ochava también, gran chimenea de talla, y ante ella, un cubre fuego, de gran tamaño. Delante, dos ó tres sillas tiradas. A la derecha, primer término, puerta que comunica con las habitaciones interiores del palacio, y entre esta puerta y la ochava, un teléfono. A la izquierda, entre la chimenea y la puerta, una hermosa caja de caudales, haciendo juego con el decorado de la habitación. Mesa grande y sillería lujosa. En los muros á derecha é izquierda galería de cuadros, advirtiéndose por los huecos, que faltan algunos lienzos. En cada uno de estos espacios, se leerá el nombre de Arsenio Lupin, escrito con tiza azul. Los muebles en desorden. Libros y papeles esparcidos por el suelo, alfombrado. Todo indica que la habitacióu ha sido objeto de un saqueo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El COMISARIO, El DUQUE, El JUEZ DE INSTRUCCIÓN y un AGENTE DE POLICIA. La escena, al levantarse el telón y durante unos segundos, sola. Al poco tiempo, entran el Comisario y el Duque por el primer término de la derecha

Com. Tiene usted razón, señor Duque. En esta habitación, es donde los ladrones han causado mayores destrozos.

Duque No es extraño. Aquí tenía mi suegro, monsiur Gournay, sus más valiosas colecciones de arte; tapices flamencos del siglo XV, porcelanas de Sevres, telas góticas... ¡una hermosura!

Com. (Respetuoso.) Se conoce que usted las estimaba mucho.

Duque ¡Ya lo creo! Las consideraba como cosa mía. ¡Figúrese usted! ¡Era el regalo de boda ofrecido por mi suegro! ¡Un regalo regio!

Com. Todo lo encontraremos, esté usted seguro... Cuestión de tiempo. (El Duque se inclina para recoger unos papeles del suelo.) Yo le ruego que no toque á nada. Es necesario que el Juez de Instrucción, pueda apreciarlo todo por sí mismo. El menor objeto cambiado, pudiera despistarle.

Duque (Dirigiéndose al fondo.) Es verdad. (Pausa.) Lo que me inquieta es la desaparición de Victoria, el ama de llaves.

Com. A mí también.

Duque (Mirando su reloj.) Las nueve y media. El Juez ya no puede tardar. Lo que es hoy, ya le ha caído que hacer.

Com. Cuando usted llegó á la Comisaría, yo notifiqué brevemente al Juzgado, por escrito, la carta de Arsenio Lupin ó del que tal se dice y las primeras declaraciones de usted. En estos momentos, el Juez sabe tanto como nosotros. También he telefoneado á la Prefectura de Policía.

Duque ¿Le parece á usted buena idea, que por mi parte, yo telefonee á Guerchard?

Com. ¿Al inspector-jefe?

Duque El mismo. Mi suegro me lo ha encargado y usted ya sabe lo que es un suegro. (Buscando en el indicador de teléfonos.) Guerchard... Guerchard...

Com. Veintisiete cincuenta.

Duque Gracias. (En el aparato.) Oiga... señorita .. veintisiete cincuenta. (Al Comisario.) Entonces, ¿usted no cree que el autor del robo sea Lupin?

Com. No, me parece que no.

Duque ¿Por qué?

Com. Muy sencillo. Si fuera Lupin nos sería difícil, imposible dar con él.

Duque (Al Teléfono.) ¿No contestan? Llame usted otra vez señorita. (Al Comisario.) ¿Y qué le inclina á creer que no se trata de Lupin?

Com. Su habilidad, su astucia, no deja rastro, y aquí hay muy torpes huellas.

Duque ¿Entonces, cómo puede usted explicarse la cartita que ayer ha recibido mi suegro?

Com. ¿La tiene en su poder?

Duque Aquí está. (Leyendo.) «Mi admirado señor y coleccionista: Mi magnífica galería de cuadros, que yo tuve el gusto de empezar, robándole á usted lienzos verdaderamente magníficos, está incompleta. Me faltan un Velázquez, un Goya y un Greco; y como usted tiene tres soberbios ejemplares, se me ha ocurrido lo más práctico. Apoderarme de ellos mañana en su casa de París.» ¡Qué cínico es este hombre! «Postdata: Se me olvidaba lo más importante. Hace tres años que tiene usted en su poder una preciosa diadema que perteneció á la princesa de Lamballe. Tengo que hacer un regalito y ya que voy á su casa, aprovecharé la ocasión para llevarme la diadema también. Gracias por todo. Sabe cuanto le quiere...» ¡Mucho! ¡Ya se conoce! «Su afectísimo, Arsenio Lupin.» ¡Estupendo!

Com. ¡Bah! Eso parece una broma.

Duque (Mostrando las firmas que hay en la pared.) ¿Y esto también es una broma?

Com. A mi juicio no prueba nada. Puede ser una estratagema, un recurso para despistar á la policía.

Duque Es curioso este Arsenio Lupin. Cuenta mi suegro, que hace tres años recibió una carta estando en su castillo de Charmerace.

Com. ¿Pero no es de usted ese castillo?

Duque Lo era. Hace siete años, impulsado por mis aficiones deportivas, una buena mañana me fuí al Polo Sur y como eso está un poco lejos, el viaje me salió por una friolera, unos cinco millones que perdí entre el Polo Sur... el bacarrat y un caprichito rubio con cada ojo y sobre todo con una boca. . que se tragó los cinco millones. Vendí el castillo al señor Gournay y hasta hace poco no he

vuelto á Francia. Estuve en Charmerace, y aunque perdí el castillo, en cambio he ganado la voluntad y el corazón de Germana, hija de Gournay, hoy mi futuro suegro. (Pausa.) Volviendo á Lupin. Cuenta mi suegro que hará tres años, Lupin cenó dos noches seguidas en la embajada de Inglaterra.

Com. ¿Cómo supieron que era Lupin?

Duque Porque la segunda noche, se apercibieron de que uno de los invitados había desaparecido llevándose todas las joyas de la embajadora.

Com. ¡Qué audacia!

Duque Eso sí, tan correcto como siempre, al marcharse dejó una tarjeta que decía: «En el tomar no hay engaño. Arsenio Lupin.»

Com. Es el más genial, el más fantástico de los estafadores. (Pausa.) ¿Y la otra carta que recibió su suegro de usted?

Duque Anunciaba el robo del retrato del Duque de Charmerace, pintado por Carlos Durand.

Com. ¿Y qué pasó?

Duque ¡Toma! Que se lo llevó tan ricamente. No, lo que es como hombre de palabra, es un hombre formal.

Com. ¿Pero ustedes no avisaron á la policía?

Duque Ya lo creo Al propio Guerchard; pero sucedió que Guerchard... era Lupin. ¿Usted ha comprendido? Apropósito. Voy á llamar nuevamente á Guerchard. (Al teléfono.) Veintisiete cincuenta. ¡Ah! ¿Es usted? ¿El propio Guerchard? Yo, el Duque de Charmerace. Han desvalijado el palacio de mi futuro suegro. ¿Cómo? ¿Que ya se disponía usted á venir? Sí, el nombre de Lupin escrito en las paredes. Entonces aguardo. Muy bien. (Cuelga el receptor.)

Agente (Anunciando.) El señor Juez de instrucción viene ahora mismo.

Com. (Al Duque.) Es el señor Formery.

Duque Parece muy inteligente.

Com. ¿Le han dicho á usted eso? (Asombrado.)

Duque ¿Qué? ¿No lo es?

Com. Sí... no digo lo contrario. Pero hasta ahora el pobre no ha dado pie con bola en ningún proceso.

Juez (Entra con maneras un poco petulantes.) Caballeros...

Com. (Presentándole.) El señor Duque de Charmerace.

Juez ¡Ah! ¡Señor Duque! (Dándole la mano.) Crea usted que estoy impresionado, impresionadísimo. ¡Caramba! (Examinando la ventana.) Una persiana rota. (Como haciendo un descubrimiento importante.) Esto quiere decir, está clarísimo, que por esta ventana ha entrado alguien.

Duque ¡Qué penetración!

Juez (Mirando en torno suyo.) ¡Demonio! No han dejado nada. Lo mismo que usted decía en su declaración. (Examinando la caja de caudales.) La caja, por lo que puede apreciarse, no presenta señal de fractura.

Duque Intacta. Menos mal. Dentro de ella, según cree mi prometida, guarda mi suegro la famosa diadema de la princesa Lamballe. ¡Vale quinientos mil francos!

Juez ¿La carta firmada por Lupin anunciaba el robo de esta alhaja?

Duque Con una solemnidad formidable.

Com. Esto me hace suponer que Lupin es ajeno á este robo. El hubiera cumplido su promesa.

Juez (Al Duque.) He interrogado á los porteros y, como es tradicional en estos casos, no saben, ni han visto nada. ¿Qué otra persona había al cuidado de la casa?

Duque El ama de llaves.

Juez ¿Podría interrogarla?

Duque Ignoramos dónde se encuentra. Ha desaparecido.

Com. No la hemos visto por parte alguna.

Juez (Con aire de triunfo.) ¡Ah! Ya tenemos un cómplice.

Duque No lo creo. Victoria nos merece la más completa confianza. Ayer mismo nos telefoneó al castillo, diciéndonos que había guardado todas las alhajas.

Juez ¿Las han robado? (Con avidez.)

Duque ¡Ni tocarlas!

Juez ¡Es incomprensible! (Mirando por todas partes.) Ni ropas, ni rastro de sangre, ni víctima, ni crimen...

Duque ¡Qué le vamos á hacer!

Juez ¡Tanto como me convendría para mi carrera dar con un crimen sensacional! (Aparte. Al Duque.) ¿Dónde dormía Victoria?

Com. (Adelantándose.) Arriba. La cama no ofrece señales de lucha y en el ropero, al parecer, no falta nada.

Juez ¡Extraordinario!

Duque Guerchard, á quien he telefoneado, vendrá ahora.

Juez (Un poco contrariado.) Sí... ha hecho usted perfectamente. Guerchard no tiene más que un defecto. Su obsesión por Lupin; en todas partes ve á Lupin.

Duque (Mostrándole las inscripciones de las paredes.) Mire usted, ha dejado su tarjeta.

Juez Sin embargo, no hay que fiarse de las apariencias. Una vez era yo...

Duque (Recogiendo un libro del suelo.) Perdone usted... un libro con huellas de haber sido pisado... manchas de yeso sobre la alfombra...

Juez (Examinándolas.) ¿De yeso?

Duque Evidentes. Vamos, voy á ayudarle en su información. Los ladrones han entrado por el jardín.

Juez Exacto.

Duque En el fondo hay una casa en construcción.

Juez Conforme. (Al Comisario.) Lo mismo, lo mismo que pensaba yo.

Duque Los ladrones han olvidado de hacer desaparecer las huellas que se encontraban debajo de los objetos que en su huída han tirado...

Juez Y precipitadamente escaparon por la ventana. ¡Este velador y esta escalera (Señalándolos.) nos lo indican! ¡Es curioso! Cuando usted vino á las seis y media, ¿quién salió á abrirle?

Duque Nadie. Fuí en busca de un cerrajero y del comisario y con ellos penetré en la casa.

Juez Obró usted correctísimamente. (Pausa.) ¿Vamos á inspeccionar la alcoba de Victoria? (Al Comisario.)

Duque ¿Puedo acompañarles?

Juez Ya lo creo. Con mucho gusto. (Mutis los tres puerta derecha. La escena queda sola unos momentos.)

ESCENA II

GUERCHARD y un AGENTE. Guerchard acompañado de un Agente sale por el primer término izquierda

Agente (Muy solícito.) Voy á decir al señor Juez que está usted aquí, señor Guerchard.

Guer. (Deteniéndole.) No es necesario.

Agente El señor Juez, acompañado del Comisario, se encuentra en este momento en la alcoba del ama de llaves. La alcoba está...

Guer. Sé dónde está la alcoba. (Sacando un pañuelo.) Lo sé todo.

Agente (Expresando su admiración.) ¡Ah! Había olvidado que usted vale por todos los jueces juntos. ¡La que á usted se le escape!... (Con adulación.)

Guer. Gracias. (Sonándose.)

Agente (Mostrándole con interés la escalera.) ¿Se ha fijado el señor inspector-jefe en esta escalerita?... en la ventana.

Guer. Sí, hombre, sí, me he fijado en todo; hasta en lo pesado que te pones.

Agente Usted perdone, mi intención...

Guer. Buenísima, ya lo sé. Pero, anda, vete; déjame solo. (El Agente hace mutis. Guerchard queda solo en escena. Enciende un pitillo. Luego, puesto en cuclillas, examina sobre la alfombra un botón. Después se dirige á la chimenea, mira por encima del cubre-fuego, sonríe y pasea por la habitación. Examina el libro que advirtió el Duque sobre el suelo, lo hojea, después mide con pasos iguales la distancia que hay hasta la ventana, ojea el jardín y la casa en construcción y montando sobre la ventana, desaparece por la escalera al sentir que se aproxima el Juez.)

ESCENA III

El JUEZ, el DUQUE, GERMANA, GOURNAY, GUERCHARD y un AGENTE. Después IRMA

Juez (Siempre con énfasis.) Insisto. Después de inspeccionar la alcoba de Victoria estoy seguro que tenemos un cómplice. (Al Duque.) ¿Dice

usted que su suegro y su prometida están al llegar?

Duque — Han debido salir en el tren de las seis de la mañana. Si no trae retraso...

Juez — (Mirando el reloj.) Entonces, ya no deben tardar. (Pausa.)

Duque — Me parece que siento pasos. (Dirigiéndose hacia la puerta de entrada.) Sí, ellos son. Ya están aquí. (Entran Gournay y Germana.)

Gour. — (Muy agitado Detrás su hija, calmándole.) ¡Miserables! ¡Bandidos! ¡Canallas! (Contemplando el despojo de que ha sido víctima.) ¡Infames! ¡Si yo los tuviera aquí en mi presencia!

Duque — Vamos, vamos, tranquilícese usted. Va usted á ponerse malo.

Ger. — Eso le digo yo. Con gritar y desesperarse no no va á conseguir nada.

Gour. — ¡Pillos! ¡Granujas! (Cae desplomado sobre un sillon.) ¡Mis tapices! ¡Mis cuadros, mis porcelanas!... ¡Se lo han llevado! ¡Nada se ha conseguido con que te adelantaras en el automóvil!

Duque — Nada, pero ya se encontrará todo. Un poco de calma. Aquí está el Juez. Es una gran persona, simpático, inteligente...

Juez — Señor Gournay. Yo estoy impresionado, impresionadísimo con este suceso. (Pausa.) Lo que me extraña es que hayan respetado la caja de caudales.

Gour. — Eso no me importa. Está vacía.

Duque — ¿Vacía? ¿Y la diadema?

Gour. — Nunca ha estado ahí. Está... (Al Juez en voz baja, con interés.) ¿En mi cuarto ha entrado alguien?

Duque — Nadie.

Gour. — Respiro. La caja (Al Juez.) que hay en mi cuarto tiene dos llaves, una la tengo yo, la otra está en la caja de caudales. (Pausa.) ¿Ha venido Guerchard? ¿Tienen ustedes alguna pista?

Juez — Sí, Victoria, el ama de llaves.

Ger. — (Con extrañeza.) ¿Victoria?

Gour. — A ver, que venga.

Duque — Ha desaparecido.

Juez — Yo sospecho que este robo ha sido preparado por personas que conocen muy bien la

casa. Sería muy importante saber si con anterioridad les han robado á ustedes.

Gour. (Recordando.) Hace tres años. Justamente. Y á mi hija Germana también.

Juez ¡Caramba! Esto es capitalísimo. ¿Y alguna vez han sospechado de Victoria?

Ger. Jamás. Los dos últimos robos se cometieron en el castillo, estando Victoria en París.

Juez (Pensativo.) Sería muy interesante saber cual de sus sirvientes entró á sus servicios hace tres años.

Gour. Victoria, señor Juez, sólo lleva uno en mi casa.

Juez (Después de una pausa.) Vamos á ver, señorita. (A Germana.) ¿No la robaron hace tres meses un broche de perlas, con el que se podía hacer un pendentif, parecido al que le ha regalado el señor Duque?

Ger. Efectivamente.

Juez ¿Podría ver ese pendentif?

Ger. No hay inconveniente. (Al Duque.) Jacobo, usted le tiene.

Duque Yo tengo .. el estuche nada más.

Ger. ¿Cómo el estuche?

Duque El estuche... vamos; que el pendentif voló. El estuche vacío, señor Juez.

Ger. Eso es imposible.

Duque Hija, lo será; pero lo que yo afirmo es cierto. Apenas salió usted, abrí el estuche, sobre la chimenea y... no tenía nada dentro.

Juez Este mismo pendentif, ¿no se lo vió usted momentos antes á un criado suyo?

Duque Justo. Serían las seis poco más ó menos.

Ger. Pues yo respondo de que media hora después, cuando subí á mi cuarto para vestirme, el pendentif estaba en el estuche y sobre la chimenea.

Gour. ¿Pero cómo? ¿También se lo han llevado esos canallas?

Duque ¿No lo habrá recogido Irma la doncella, ó Sonia tu señorita de compañía?

Ger. ¿Sonia? No. Ella misma me ha dicho en el tren: ¡Con tal que no se le haya olvidado al señor Duque, guardar el pendentif!...

Duque Entonces la doncella sabrá, no hay otro camino, ¿verdad, querido suegro?

Ger. (Llamando.) Irma, Irma...

Irma (Entrando.) Señorita...

Ger. Escuche usted.

Juez Aproxímese y no se turbe: ¿usted ha cogido un pendentif que estaba sobre la chimenea, para entregárselo á la señorita Germana?

Irma No señor.

Duque ¿Estás segura?

Irma Segurísima. Yo no sé más que la señorita, al marcharnos, encargó al Duque que guardara el estuche. ¿Han preguntado ustedes á la señorita de compañía? Puede que ella lo recogiese y lo guardase en su maletín.

Duque (Vivamente.) ¿Sonia? ¿Con qué objeto? ¿Para qué?

Irma Para entregárselo á la señorita.

Juez ¿Por qué supone usted eso?

Irma Lo digo, porque ví á Sonia al lado de la chimenea.

Juez ¿Cuánto tiempo hace que está usted al servicio de la señorita?

Irma Hace seis meses.

Juez Está bien. Puede usted retirarse. (Se dirige hacia la puerta izquierda. El Juez señalándola la derecha.) No, por aquí. Quizá la necesitemos en seguida. Vamos á interrogar á la señorita de compañía.

Duque ¡Señor Juez! ¡Por Dios! Sonia está por encima de toda sospecha. Es como si dudase usted de mi suegro.

Juez Sin embargo...

Ger. Creo lo mismo que Jacobo. (Por el Duque.)

Juez ¿Cuánto tiempo hace que la tiene usted á su servicio?

Ger. (Reflexionando.) Desde que fuimos á Rusia, allí la conocimos. ¡Qué casualidad! ¡Hace tres años justos!

Juez ¿Desde que comenzaron los robos en su casa?

Ger. Precisamente.

(Gran impresión en todos.)

Juez (Al agente.) Busque usted á Sonia y tráigala.

Duque No es preciso. Yo mismo iré en su busca.

Guer. (Apareciendo en lo alto de la escalera y dirigiéndose al Duque.) ¡Quieto! (Todos con asombro.) ¿Qué es

esto? (Guerchard al agente.) Cumpla usted la orden del Juez.

Duque Me explicará usted, caballero...

Guer. Mil perdones, amigo mío; pero el Juez es de mi misma opinión. No sería correcto, que usted en persona practicara esa diligencia. (Se dirige al Juez y le da la mano.)

Duque Pero al menos, ¿quién es usted?

Guer. Guerchard, el Inspector-jefe de Policía.

Duque (Expresivamente.) ¡Guerchard! ¡Si no hablábamos de otra cosa! ¡Guerchard! ¡Pero cuándo vendrá Guerchard! ¿No es verdad, querido suegro?

Gour. Su presencia me tranquiliza.

Duque (Apresurándose.) Nos... nos tranquiliza. (Se dan la mano. Entra el Agente conduciendo á Sonia, luego se acerca al Juez y le dice algunas palabras al oído y se va.)

ESCENA IV

DICHOS y SONIA. Sonia entra en traje de viaje y con un sobretodo al brazo. Su actitud es de sorpresa y curiosidad

Juez Acérquese usted, señorita... Quiere...

Guer. (Interrumpiéndole tan cortesmente, que el Juez no puede molestarse por su interrupción.) Usted me permite... (El Juez un poco contrariado se retira, dejando á Guerchard que interrogue á Sonia. A Sonia en tono afectuoso.) Señorita. Ocurre una cosa un poco extraña, sobre cuyo esclarecimiento necesitamos algunos datos. Han robado el pendentif, que el señor Duque había regalado á la señorita Germana, en condiciones tales que no dejan lugar á duda.

Sonia ¿Lo han robado? ¿Está usted seguro?

Guer. Absolutamente. Nosotros suponemos, (Al Juez.) ¿verdad? que el autor del robo debe haber ocultado la joya en el saco ó en el maletín de otra persona...

Sonia (Vivamente.) Si se duda de mí, pueden registrar mi cuarto. La llave del maletín está en este bolso. (Para buscarla y accionar más libremente Sonia, deja su abrigo en el sofá, y aquel cae al suelo. El Duque que no ha apartado los ojos de Sonia un

momento, recoge el abrigo y registra rápidamente los bolsillos, desdoblando un papel de seda que envuelve el pendentif que él guarda apresurado. Después vuelve á meter el papel en el bolsillo del sobretodo y lo deja nuevamente sobre el sofá.)

Guer. (A Sonia.) ¿Iba usted á salir?

Sonia Sí; tengo que hacer dos ó tres cosillas y venía á pedir permiso á la señorita Germana..

Guer. (Al Juez.) ¿Tiene usted algún inconveniente en que salga?

Juez Por mi parte, ninguno.

Guer. ¿Usted no lleva más que ese bolso?

Sonia Nada más. (Abriéndolo.) Vea usted; unos francos, el pañuelo, el frasco de sales.

Guer. ¡Caramba! ¡Va usted prevenida! ¿En el bolso? (Reflexionando.) Hubiera sido muy tonta... Además se exponía á que se lo quitaran en la calle. (Aparte.)

Sonia (Va á salir. Da unos pasos, duda, después vuelve y recoge el abrigo.)

Guer. (Vivamente.) Es usted tan amable...

Sonia Gracias. No me lo pongo.

Guer. No, hija. Si es para ver el abriguito. Por curiosidad. Mi señora tiene uno parecido...

Sonia (Metiendo la mano crispada en un bolsillo.) ¡Es vergonzoso, abominable, caballero!

Guer. Hola, hola... Señorita, es mi deber. Este oficio es muy ingrato...

Duque (Rápidamente con acento firme.) Sonia. No comprendo por qué usted se molesta por una simple formalidad.

Guer. ¡Pues claro!

Sonia Es que...

Duque (Mirándola fijamente.) Usted no debe tener ninguna inquietud.

Sonia (Cruza una mirada con la del Duque.) ¡Si no hay otro remedio!...

Guer. (Registrando el sobretodo. Saca el papel y lo desdobla.) ¡Caramba! Nada, no hay nada. (A Sonia.) Me he equivocado.

Sonia (Va á salir y vacila un momento.)

Duque (Precipitándose.) ¿Se encuentra usted mal?

Sonia (En voz baja.) ¡Gracias! ¡Gracias! Usted me ha salvado (Mutis por la derecha.)

Ger. ¡Pobrecilla! ¡Voy á consolarla! (A Jacobo.)

Duque (A Guerchard, dándole una palmadita en el hombro.)

¡Amigo mío, qué ratito nos ha hecho usted pasar! (Se va riendo con Germana y Gournay.)

Juez (Burlonamente á Guerchard.) Permita usted... que le acompañe en el sentimiento.

Guer. Está usted de broma, vamos. (Después de examinar detenidamente el papel que aún conserva entre sus manos.) Pues mire usted. Yo soy muy testarudo, yo desearía que nadie saliera de esta casa sin mi permiso.

Juez (Bromista.) Excepto Sonia, naturalmente.

Guer. Ella menos que nadie...

Juez Vamos á reanudar las pesquisas para buscar á Victoria.

Guer. (Flemático) Victoria... Vamos, tranquilícese usted, no ha sido asesinada.

Juez ¿Quién puede decir eso?

Guer. Yo.

Juez Entonces, ¿cómo explica usted su desaparición?

Guer. ¡Pero como no ha desaparecido!

Juez ¿La ha visto?

Guer. Como ahora le estoy viendo á usted.

Juez ¿Cuándo?

Guer. Hace dos minutos.

Juez ¿Si no se ha movido usted de esta habitación?

Guer. Pues esa es la gracia. Y no está lejos de nosotros. No le da á usted en la nariz...

Juez (Con impaciencia.) Demonio, hable usted. ¿Dónde está?

Guer. Muy tranquilamente en su colchón.

Juez ¡Bah, bah! Usted tiene gana de broma.

Guer. Ni pizca. (Hace una seña al Juez y este le sigue. Al llegar delante de la chimenea, Guerchard quita las sillas, separa el cubre-fuego y muestra al Juez el sitio donde está Victoria atada y dormida sobre un colchón. El Juez expresa su estupor con un gesto.) ¡A quién no se le ocurre registrar esta chimenea! Una torpeza imperdonable del Comisario. Victoria duerme. Aquí está aún (Recogiéndola.) la mascarilla del cloroformo. Ahora no es prudente trasladarla. Tengo mis razones. De todos modos hasta que vuelva en sí, nada puede hacerse.

Juez Es usted admirable. Le declaro que yo no podía sospechar.

Guer. ¿Quiere usted acompañarme? Aun nos queda algo que sorprender.

Juez Vamos donde usted quiera. (Mutis por la derecha.)

ESCENA V

El DUQUE, SONIA y GUERCHARD

Duque (Sale por la derecha y después de observar en todas direcciones, asegurandose de que no puede ser sorprendido, saca el pendentif de su bolsillo y lo contempla.) ¡Una ladrona!... (Pausa.) Fíese usted de las señoritas de compañía!

Sonia (Entrando. Habla con voz emocionada.) Perdón. ¿Usted me perdona, verdad?

Duque Sonia, márchese usted.

Sonia Sí, tiene usted razón en rechazarme, en no querer oirme...

Duque ¡Chist! Guerchard puede sorprendernos. Es imprudente, peligroso, que hablemos aquí. Y el amiguito es de cuidado. Nos veremos en otro sitio.

Sonia (Decidida.) Sí, pero antes, yo quiero que usted lo sepa todo, es necesario, absolutamente necesario.

Duque (Mirando en torno suyo.) Sonia, la escucho.

Sonia No sé cómo empezar, las palabras se agolpan á mis labios y la misma emoción las detiene, imprecisas, vacilantes, torpes.

Duque Pronto. No hay tiempo que perder.

Sonia Germana... su prometida, se puso orgullosa y radiante el pendentif que usted la regaló. Yo contemplaba su alegría, su felicidad, con tristeza infinita. Entonces, no sé qué vértigo pasó por mí, y nerviosa, trémula, me apoderé de la joya, cuando pude, (Resueltamente.) lo mismo que me apoderaría de su fortuna.

Duque (Con estupor.) ¿Qué?

Sonia ¡Yo la aborrezco!

Duque ¡Sonia! (Inclinándose sobre ella.)

Sonia Sé que esto no disculpa mi acción vergonzosa, indigna, despreciable. Es verdad, he procedido como una ladrona, no es este mi primer delito, lo confieso, pero desde su vuelta, desde el día que ví (Ruborosamente.) al duque de Charmerace, yo soy otra mujer.

Duque ¡Pobre Sonia! ¡Imagino su azarosa vida!

Sonia En la gran ciudad donde yo agonizaba, he pasado días terribles, cruentos, dolorosos, rechazando soberbiamente cuantas tentaciones cercan á una mujer, y á una mujer... bonita. Un día de infinita desesperación, acudí á la ternura de un hombre que yo conocía. Fuí á su casa contenta, esperanzada, alegre. Era mi única salvación. Acabó ofreciéndome una cantidad...

Duque Sí, comprendido. ¡No hay que fiarse de los hombres tiernos!

Sonia Antes que venderme preferí robar. Creí más digno robar para ser una mujer honesta y continué robando para ser una honesta mujer. (Llora.) ¡Dios mío!

Duque Vamos, no hay que desmayar. Su historia me emociona profundamente.

Sonia Gracias, muchas gracias. (Se dirige hacia la puerta, envolviendo al Duque en una amorosa mirada que él sostiene.)

Duque Adiós, adiós.

Guer. (Saliendo por la derecha, seguido del Juez y del Comisario y deteniéndola.) Qué oportunidad. Precisamente venía en su busca. El Juez ha dispuesto que no se mueva usted de su cuarto. (Sonia obedece y se va.)

Duque Pero, amigo Guerchard, es usted un hombre terrible.

ESCENA VI

DUQUE, GUERCHARD, el JUEZ y el COMISARIO

Guer. Es que ocurren cosas, señor Duque, que no están muy claras y de las que yo me reservo el derecho de traducción. Su futuro suegro, el señor Gournay, acaba de meterse en la cama á consecuencia de este telegramita, que es un sinapismo. ¿Quiere usted que lo leamos juntos? (Leen los dos.) «Señor Gournay: Contrariadísimo no haber podido sustraer diadema. Asuntillo amoroso ocupome noche. Hoy sin falta doce menos cuarto á doce, no faltaré.—Lupin.» ¿Eh?

Duque — ¡Muy divertido!

Guer. — Voy á telegrafiar yo también con respuesta pagada. (*Se va por la derecha como obedeciendo á la rápida sujestión de una idea.*)

Duque — Señores, con su permiso voy á ver qué le sucede á mi suegro. Por supuesto, verán usted cómo todo ello es una broma de Guerchard. (*Vase por la derecha.*)

Com. — Tiene razón el señor Duque; ¿no encuentra usted á Guerchard un poco fantástico?

Juez — Un visionario. Cuando él cree que tiene entre sus manos á Lupin, pierde por completo el buen sentido. Porque está clarísimo. Si Lupin hubiera pretendido robar la diadema ó asaltar la caja que hay en la habitación del señor Gournay, donde está la llave misteriosa, hubiera aprovechado anoche la ocasión y no hoy que sabe que el palacio está guardado y que nosotros estamos aquí.

Com. — Indiscutiblemente. ¡Cosas de Guerchard! (*El Juez se ha apoyado momentos antes un poco abandonadamente sobre la caja de caudales. Al decir el Comisario la última palabra, la puerta de la caja se abre bruscamente y aparece Guerchard. Sorpresa en los dos.*)

Guer. — (*Tranquilo.*) ¿Saben ustedes que se oye muy bien desde ahí? Y cuando se habla mal de uno, mejor.

Juez — (*Asombrado.*) ¿Cómo ha podido usted entrar en la caja?

Guer. — Entrar no tiene ninguna importancia, salir era lo peligroso. Y con este explosivo que había dentro, que si me descuido ¡pum! Guerchard que sube en aeroplano.

Com. — ¿Pero cómo pudo usted entrar?

Guer. — Por el gabinete rojo. ¡Oh! Han hecho saltar la plancha de palastro del fondo de la caja. ¡Una obra maestra!

Juez — ¿Y la llave del otro cofre-fort estaba dentro?

Guer. — (*Sacando una tarjeta.*) He encontrado otra cosa más definitiva. Esta tarjetita, (*Mostrándola victorioso.*) que dice: «¡Arsenio Lupin!» Y su lema: «En el tomar no hay engaño.»

FIN DEL ACTO PRIMERO




ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche. Un rayo de luna baña en suave luz la habitación

ESCENA PRIMERA

GUERCHARD y el DUQUE

Guer. (Con medio cuerpo dentro de la chimenea.) ¿Cómo va eso, señor Duque? Me voy cansando de la posturita. ¿Pesa mucho?

Duque (Dentro.) No, amigo Guerchard.

Guer. ¿Hay espacio suficiente para pasar? ¿Tiene usted bien sujeta la cuerda? (Aparte.) Caramba, corre un airecillo... ¡Toma, como que está la ventana de par en par! (La cierra y vuelve á la chimenea.)

Duque (Dentro.) Cuidado. (Guerchard da un salto hacia atrás. Se oye un ruido formidable y cae un bloque de mármol.)

Guer. ¡Demonio! ¡Si me descuido *foie-gras* completamente! ¿Ha soltado usted la cuerda?

Duque (Dentro.) Se ha soltado ella sola. Se conoce que usted no se cuidó de atarla bien. (El Duque sale por lá chimenea cubierto por un guardapolvo, que se quita y deja sobre el sofá. El Duque viste traje de frac.) Tiene usted razón, la pista es clara.

Guer. Naturalmente, la otra que seguían era inocente, infantil. Lo lamentable es que haya-

mos perdido todo el día de hoy por tener que asistir al banquete de la embajada.

Duque Pero, hombre, ¿á obscuras? ¿Así quiere usted buscar luz en este asunto? Empezaremos por vernos las caras. (Va hacia el conmutador y da luz.) Decía usted...

Guer. Que es necesario que me ayude á encontrar la pista verdadera. Los dos hoteles, éste y el contiguo, que está desalquilado se comunican.

Duque ¿Usted supone que Lupin y su gente entraron por el boquete abierto en la medianería?

Guer. Ese es un medio muy conocido. Todos los robos en casa de los grandes joyeros, siempre se cometen en esa forma. Todo me hace creer que éste estaba preparado hace tiempo. Podría reconstituir lo sucedido con los ojos cerrados. Una vez hecho el robo, los ladrones han huído por el hotel contiguo, en el que nadie habita, y han bajado tranquilamente por la escalera.

Duque ¿Usted así lo cree?

Guer. Estoy seguro. Las flores que me he encontrado en la escalera aún están frescas. (Saca de su bolsillo un ramito.)

Duque ¿A ver? Son iguales á las que yo cogí por la mañana en Charmerace, es una nueva especie de «muguet» de un suave matiz rosa.

Guer. Flores de ese color no conozco más que las que ha conseguido obtener el jardinero del señor Gournay. En fin, luego sabremos de esto.

Duque ¿Un cigarrillo?

Guer. ¿Es fuerte?

Duque Es tabaco turco, marca Kedive, con boquilla de oro. Salen caritos, pero me gustan mucho. (Enciende uno.) ¿De modo que usted opina?...

Guer. Que los saqueadores entraron y salieron por el hotel inmediato.

Duque ¿Y quién podría abrirles?

Guer. ¡Qué bobada! Un cómplice. (A Boursin.) Llame usted á Victoria, el ama de llaves.

Duque Señor Inspector, ¿sigue usted obstinado en esa pista?

Guer. El mismo Juez de instrucción también creía

que era inútil el registro de la chimenea y ya ha visto usted... Amigo Charmerace, en este asunto no hay más que un inocente. ¿Sabe usted quién es?

Duque No siga usted. El Juez de instrucción.

ESCENA II

DICHOS y VICTORIA por la izquierda

Vict. (Entra conducida por Boursin. A Guerchard:) ¿Un nuevo interrogatorio?

Guer. Siéntese. (Pausa.) ¿Usted duerme en una bohardilla cuya ventana da al tejado, verdad?

Vict. ¿Otra vez tengo que decirlo?

Guer. Responda usted sin más comentarios. ¿Usted ha pasado la noche en la bohardilla y no oyó ningún ruido en el tejado?

Vict. Ya dije antes al Juez, que sentí ruidos extraños en la escalera, y que al entrar en este salón. vi lo que vi...

Guer. ¿Qué vió usted?

Vict. A unos granujas que huían con sacos llenos de objetos.

Guer. ¿Por la ventana?

Vict. Por la ventana, sí, señor.

Guer. ¿Y por la chimenea no?

Vict. ¿Por la chimenea? ¡Ni que fueran duendes!

Duque (A Guerchard.) Lo que yo le había á usted dicho. Es una infeliz, una pobrecilla.

Guer. ¿Dónde estaba el cubre-fuego cuando le metieron á usted en el hueco de la chimenea?

Vict. (Levantándose.) Pues verá usted...

Guer. Espere. Vamos á marcar exactamente el sitio que ocupaba en aquel momento el cubrefuego. Si tuviéramos un pedazo de tiza, de jaboncillo... Usted, buena Victoria, ¿no es también costurera de la casa?

Vict. Sí, arreglo las ropas de los criados.

Guer. Pues entonces debe usted tener un pedazo de tiza ó de jaboncillo, para marcar los patrones.

Vict. Eso siempre. (Levanta la falda y busca en el bolsillo de su refajo, pero al punto se arrepiente como

asustada de lo que iba á hacer.) Pronto lo he dicho, no sé dónde tengo la cabeza. ¡Jesús! Si ahora me acuerdo que no me queda ni un pedazo...

Guer. ¿Está usted segura? Vamos á ver. (Registrándola los bolsillos del delantal.)

Vict. Cuidadito, señor Inspector, no me haga usted cosquillas, que soy muy nerviosa.

Guer. (Encontrando la tiza azul.) ¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Boursin! ¡Ala! ¡A la cárcel con ella!

Vict. ¡Ave María Purísima! ¡Yo soy inocente! Porque una tenga un pedazo de tiza azul, no es una ladrona.

Guer. Ya lo sabes, Boursin. En cuanto llegue el coche celular, te la llevas á dar un paseíto hasta la cárcel.

Vict. ¡Jesús, María y José! Pero esto es un atropello. (Boursin y Victoria hacen mutis por la izquierda.)

Guer. (Al Duque.) ¡Ya cayó uno!

Duque ¡Y que á falta de queso, los caza usted con tiza!

ESCENA III

DUQUE, GUERCHARD, BOURSIN y BONAVENT; después IRMA y luego SONIA

Duque ¡Victoria! ¡Jamás lo hubiera creído! ¿Entonces esta tiza, es la misma con que han escrito en las paredes el nombre de Lupin?

Guer. Justo. Tiza azul, ¿ve usted? Vamos poniendo esto en claro. La tiza, las flores de« muguet». (A Boursin, que vuelve.) ¿Qué ocurre?

Bour. Bonavent que trae noticias importantes.

Guer. Que entre. (Entra Bonavent.) ¿Qué hay?

Bon. Vengo á comunicarle que esta noche han estado tres autocamiones parados delante del hotel vecino.

Guer. ¿Cómo te has enterado?

Bon. Por un trapero. Este hombre ha visto alejarse á los camiones á las cinco de la mañana.

Guer. ¿Qué más?

Bon. También se ha visto salir del hotel á un individuo con indumentaria de *chauffeur*.

Guer. }
Duque } (A un tiempo.) ¡Hombre!

Bon. Y á veinte pasos del hotel tiró un cigarrillo, que el trapero recogió.

Duque ¿Sin apurar la colilla?

Bon. No, señor, que está aquí. (Dándosela á Guerchard.)

Guer. Está bien. Marcharos. (Mirando la colilla.) Un cigarrillo turco con boquilla dorada, marca Kedive. Como los que usted fuma, Duque.

Duque Es raro.

Guer. No lo entiendo así. Es clarísimo y refuerza mis argumentaciones. ¿Usted tiene cigarrillos de estos en Charmerace?

Duque Cajetillas enteras á la disposición de todo el mundo.

Guer. ¡Pues calcule! El ladrón, sea quien sea, venía de Charmerace. Los cigarrillos y las flores así lo indican.

Duque ¿Y usted cree que Lupin cumplirá su palabra y vendrá esta noche á la hora prometida.

Guer. Para robar la diadema. Hace diez años que me digo: hoy le coges, y ¡zás! ni una aproximación. ¡Es un artistazo! (Entra Boursin.)

Bour. Con permiso... de parte del Juez de instrucción. (Le entrega un pliego.)

Guer. Veamos. (Lee el pliego. Boursin sale por la izquierda.)

Duque ¿De qué se trata?

Guer. Ya lo sabrá usted.

(Irma entrando por la derecha.)

Irma La señorita Sonia desea hablar con el señor Duque.

Duque ¿Dónde está?

Irma En el cuarto de la señorita Germana.

Duque (Encaminándose hacia la derecha.) Pues voy en seguida.

Guer. Espere usted que hablemos.

Duque Como usted guste. (Mira el papel que tiene Guerchard en la mano, reflexiona y después dice con voz reposada.) Bueno, diga usted á la señorita Sonia que estoy en el salón.

Irma ¿Nada más, señor Duque?

Duque Sí, que estoy en el salón y que estaré ocupado diez minutos. Dígaselo asimismo. (Mu-

tis Irma. A Guerchard.) Ella comprendera que estoy con usted, pero yo no me explico...

Guer. Acabo de recibir una orden de detención, señor Duque.

Duque ¿Pero no será contra ella?

Guer. Contra ella precisamente.

Duque ¿Y usted va á detenerla?

Guer. Ahora mismo. (Va á llamar.)

Duque Ahora está con mi prometida. Espere usted al menos que se separe de ella. Ahorrad á Germana una emoción desagradable y á la otra esta humillación.

Guer. No es posible esperar. (Llama. A Boursin que entra.) Prevenga usted al agente que guarda la puerta, que no salga nadie sin una orden mía escrita sobre mi tarjeta. (Vase Boursin.)

Duque (Que durante este tiempo ha estado muy pensativo.) ¡Hay que detenerla! ¡Hay que detenerla!

Guer. ¿Usted mismo lo comprende, verdad? Sus declaraciones son tan contradictorias... Personalmente yo no tengo ninguna animosidad contra ella, al contrario, me parece muy simpatiquilla, tiene un airecillo...

Duque ¿Verdad que sí? Tan tristona, tan desamparada... La pobre muchacha oculta que ha encontrado un pañuelo en una habitación del hotel contiguo. ¡Qué absurdo!

Guer. (con mucho interés.) ¿Qué dice usted? ¿Un pañuelo?

Duque ¡Es terrible la mala suerte de esa criatura!

Guer. ¿Un pañuelo conteniendo las perlas del pendentif?

Duque Sí, ya lo ha visto usted en el tercer piso.

Guer. Yo no he visto nada.

Duque ¿Que no? ¡Ah! ¡Es verdad, es el Juez el que lo ha encontrado!

Guer. ¿Dónde está ese pañuelo?

Duque El Juez tiene las perlas. El pañuelo aun debe estar arriba.

Guer. ¿Y no lo ha guardado? ¡Pero que pedazo de... solomillo! (Se quita el gabán, va hacia la chimenea y enciende la linterna.)

Duque Pero ya este detalle no tiene importancia al prender á Sonia.

Guer. ¡Ya lo creo! La detenemos sin tener más que sospechas, pero ninguna prueba, y us-

ted acaba de dármela. Su complicidad es manifiesta, puesto que Sonia conoce el camino.

Duque ¡Y por mi causa lo ha descubierto usted!

Guer. ¿Quiere alumbrarme, señor Duque?

Duque ¿Quiere que le acompañe? Yo sé dónde está el pañuelo.

Guer. Prefiero ir solo.

Duque Permítame que insista.

Guer. Es inútil. En cambio, me alumbrará usted.

Duque Con mucho gusto. (Guerchard desaparece por la chimenea. El Duque al cabo de un instante acerca la linterna al interior de la chimenea.) ¿Vé bien?

Guer. Perfectamente. (El Duque se precipita hacia la puerta de la derecha y la abre. Aparece Sonia dispuesta para salir.)

Duque (Volviendo á coger la linterna.) Deprisa. Os van á prender. Márchese á escape.

Sonia ¿Irme? ¿Y cómo? Guerchard...

Duque Yo la telefonearé mañana.

Guer. (Dentro.) ¡Señor Duque!

Sonia ¡Dios mío!

Duque ¡Chist!

Guer. (Dentro.) ¿No podría usted levantar un poco más la linterna?

Duque (En la chimenea.) Voy á ver. No puedo, no me es posible.

Guer. Entonces, póngala un poco más á la derecha.

Duque (Con un gesto imperioso hace un signo á Sonia para que vaya á coger la linterna, y mientras ella la tiene, el saca del abrigo de Guerchard su cartera y de ésta una tarjeta. Escribe unas palabras y vuelve á la chimenea. Sonia sigue estos movimientos con estupor medroso.) ¿Hay novedad?

Guer. Ninguna.

Duque (A Sonia.) Entregue esta tarjeta al agente que habrá en la puerta. ¿Dónde la puedo telefonear?

Sonia Estoy en un modesto hotel cerca de la Estrella...

Duque ¿El hotel tiene teléfono?

Sonia Sí; cincuenta y siete treinta.

Duque (Apunta el número en un puño de la camisa.) Si no la he telefoneado á esa hora, venga directamente á mi casa.

Sonia ¡Qué bueno es usted!

Duque ¡Adiós, Sonia! Váyase. (El Duque la lleva hasta la puerta. Vacilan un momento. El la atrae hacia sí y finalmente se abrazan. Se oye la voz de Guerchard.)

Guer. ¡Duque! (El Duque se separa al oirlo.)

Duque ¡Te adoro! Vete, vete. (Sonia hace mutis por la isquierda.)

ESCENA IV

GUERCHARD, el DUQUE, BOURSIN, GERMANA y GOURNAY

Al quedarse solo el Duque, vuelve rápidamente hacia la chimenea y coge la linterna. En este momento se oye el ruido sordo de una puerta al cerrarse. El Duque un poco emocionado se apoya en la chimenea, Guerchard mirándole con cierto aire de recelosa picardía

Guer. (Al Duque.) No me lo explico, no he encontrado nada.

Duque ¡Ah! ¿No lo ha encontrado usted?

Guer. ¿Está seguro de haber visto el pañuelo en la habitación del tercer piso?

Duque Segurísimo. Debe usted insistir.

Guer. En fin, volveré. (Da unos pasos, llama y entra Boursin.) Boursin, no hay tiempo que perder. Es preciso sacar de aquí á la señorita Sonia.

Bour. La señorita Sonia, ha salido.

Guer. (Sobresaltado.) ¡Cómo! ¿Que se ha marchado? Vamos, Boursin; tú no estás en tu juicio.

Bour. Señor Guerchard...

Guer. ¿Pero quién la ha dejado salir?

Bour. El guardia que estaba en la puerta.

Guer. ¿Cómo el guardia? Pero si para salir necesitaba la autorización mía, una tarjeta escrita.

Bour. Aquí está la tarjeta y su autorización. (Se la entrega.)

Guer. (Estupefacto.) Esto es falso, completamente falso. (Guerchard da á entender con expresiones fisionómicas la posible complicidad del Duque en esta ocasión.) Nada. Está bien. Puedes retirarte. (Boursin se va.) Malo, malo... (Pausa. Coge su abrigo, saca la cartera, cuenta las tarjetas y advierte que le falta una. Guerchard mira al Duque, que está cerca de él y los dos se sonríen expresivamente. Guerchard se pone el abrigo. El Duque intenta ayudarle y Guerchard

rehusa.) ¡No se moleste! (Llama de nuevo.) ¡Boursin! (A Boursin.) ¿Se han llevado á Victoria?

Bour. ¡Ya lo creo! ¡Como que el coche estaba esperando desde las diez y media!

Guer. ¿Cómo desde las diez y media? Pero, Boursin, hoy no das pie con bola. Estás disparatado.

Bour. Digo la verdad.

Guer. ¡Pero si yo dije que vinieran á las once y media!... Bueno, está bien.

Bour. Entonces, ¿puedo mandar que se vaya el otro coche?

Guer. ¿Pero qué otro coche? ¿Es que hay algún entierro?

Bour. El coche celular que acaba de venir.

Guer. ¿Qué me cuentas, Boursin?

Bour. ¿Pero usted no había pedido dos coches celulares?

Guer. ¿Yo? ¡Vamos, hombre, no dices más que tonterías! (Pausa.) ¿En qué coche has metido á Victoria?

Bour. En el primero.

Guer. ¿Pero tú no has visto á los agentes, al cochero? ¿No los conoces?

Bour. No los he visto nunca. Debían ser nuevos. Me han dicho que venían de la cárcel.

Guer. ¡Idiota! ¡En la cárcel debías estar tú!

Bour. ¿Por qué?

Guer. Porque nos han burlado, porque nos han tomado el pelo. Esto es un golpe de... un golpe de...

Duque ¿De Lupin?

Guer. ¿De Lupin?... (Fijándose en Boursin.) Pero, ¿qué haces ahí con la boca abierta? Anda, hombre, haz algo, registra el cuarto de Victoria.

Bour. A propósito, el agente Bonavent me ha entregado esta fotografía que ha sorprendido en un devocionario del ama de llaves.

Guer. ¿Una fotografía de ella? ¿A ver? Una fecha de hace diez años. ¿Quién será este mocito que tiene á su lado? ¡Vaya un grupo curioso! (Mira con curiosidad y detenimiento la fotografía, acercando y alejando de su vista el retrato, después observa soslayadamente al Duque sin detener los ojos en él. El Duque siempre cerca de la chimenea, alzándose sobre las puntas de los pies mira la fotografía.

Sintiéndose descubierto, busca un instante ansiosamente con los ojos por donde poder escapar en caso de apuro. Guerchard se le acerca, le mira y se frota las manos.)

Duque ¿Qué ocurre? ¿Es que tengo torcida la corbata? ¿O me ha salido un grano? (Guerchard continúa mirándole y sin responder. Suena el teléfono. El Duque hace ademán de ir.)

Guer. Yo voy, yo voy. (Al teléfono.) Oiga, sí. Soy yo. El inspector jefe de policía. (Al Duque.) El jardinero de Charmerace, señor Duque.

Duque ¡Hombre! (Sin darle importancia.)

Guer. ¿Oye usted? Bueno. ¿Quiere decirme quién ha entrado ayer en el invernadero y quién ha podido coger muguet rosa?

Duque Yo. Ya lo he dicho antes.

Guer. Sí, sí. Ya sé. (Al teléfono.) ¿Ninguna otra persona más que el Duque de Charmerace? ¿Está usted bien seguro? ¿Segurísimo? ¿Absolutamente seguro? Pues nada más. Gracias. (Cuelga el receptor y dice al Duque.) ¿Ha oído usted, señor Duque? (Con sorna.)

Duque Sí. (Pausa larga.)

Gour. (Entrando por la derecha con un maletín en la mano.) ¿Quieres venir al Gran Hotel? Mira, nos vamos á que mos... porque, francamente, yo no me atrevo darme aquí esta noche. No dormiría tranquilo. Vería á Lupin por todas partes. Por más que me llevo la diadema en el maletín.

Guer. (Aparte reflexiona y habla con Germana en voz baja.)

Duque Querido suegro. Eso es una imprudencia.

Gour. ¿Por qué?

Duque Porque si Lupin está decidido á quitárosla, arriesgais la vida.

Gour. ¡Toma! Pues no había caído en ello. Y que yo ya no estoy para que me atraquen. Oye, ¿tienes confianza en Guerchard? ¿Qué te parece? ¿Crees que puedo tener absoluta confianza en él?

Duque ¡Ah! ¡Como en el Banco!

Gour. Entonces, ¿quién mejor puede custodiarla esta noche? (Abriendo el maletín.) ¡Es una alhaja!

Duque (Viéndola.) ¡Vale una fortuna!

Gour. (A Guerchard) He pensado, que para evitar

todo riesgo, si á usted no le molesta, guarde por esta noche mi diadema.

Guer. Muy honrado con su confianza. Precisamente le iba á pedir á usted ese favor.

Duque (Entregándosela muy despacio á Guerchard que la recibe, teniendo los dos sujeto el cofrecillo.) Tome usted.

Guer. Es verdaderamente magnífica.

Gour. Ya lo sabes, Jacobo. Si ocurre alguna novedad, en el Gran Hotel me tienes. (Continúa hablando con él.)

Guer. (A Germana.) Señorita, ¿conoce usted este retrato del Duque? Está hecho hace diez años.

Ger. ¿Hace diez años? ¡Pero si este no es el Duque!

Guer. ¿No? Sin embargo, el parecido es exacto.

Ger. Sí, al duque tal como es hoy, se parece un poco; pero tal como era en aquella época, no. Jacobo ha cambiado mucho.

Guer. ¡Ah!

Ger. El viaje, su larga enfermedad en el Polo. Estuvo gravísimo. Ya sabe usted que todo el mundo lo creyó muerto.

Guer. Lo sé.

Ger. Pero ahora está muy fuerte. (El Duque coge su gabán y su sombrero.)

Guer. ¿Se va usted también, señor Duque?

Duque Si usted no me necesita... Tengo que hacer.

Guer. Vamos, tiene usted miedo. (Pausa. El Duque reflexiona, después como si se decidiera á jugarse el todo por el todo, dice:)

Duque Señor Guerchard, ha encontrado usted el único medio para conseguir que me quede.

Gour. Sí, es mejor. No creas que sobras. Cuantos más... Vaya, adiós. (Saluda á los dos y sale por la izquierda.)

Ger. ¿Usted no viene, Jacobo?

Duque No, me quedo de caza con Guerchard.

Ger. ¡Pues estará usted bueno para ir mañana á la Opera! Porque la noche pasada también se la pasó usted en vela. (Guerchard se estremece.) ¡Salir en automóvil de Charmerace á las ocho de la noche para llegar á París á las seis de la mañana!...

Guer. (Con sobresalto.) ¿En automóvil?

Ger. No hay disculpa, ¿eh? Enfermo ó no me

acompañará usted mañana á la Opera, que es día de moda

Gour. (Saliendo.) ¡Pero, niña!...

Ger. Voy, papá. Adiós. (Mutis los dos. El Duque les acompaña un momento hasta la otra habitación.)

ESCENA V

DUQUE, GUERCHARD y BOURSIN

Guer. (Con inmensa alegría, lentamente.) ¿En automóvil? ¡Ahora se explica! (Coloca sobre la mesa el cofrecillo que contiene en su interior la diadema. El Duque vuelve á escena.) Lo que yo ignoraba, querido Duque, es que hubiera usted tenido esta noche una avería en su automóvil. A mí es un chisme que me revienta.

Duque ¿Una avería? ¿Yo?

Guer. ¡No se comprende de otro modo! Si ha salido usted á las ocho de la noche de Charmerace, que está en Bretaña, ¿cómo no ha llegado usted hasta las seis de la mañana á París? El tren tarda tres horas...

Duque Y yo vengo en dos, pero el accidente sufrido me detuvo más de tres horas en la carretera.

Guer. Todo esto es curioso.

Duque ¿Qué?

Guer. Todo; los cigarrillos que usted fuma, las flores de muguet, este retratito que me han traído, ese (Con intención) hombre con aspecto de chauffeur que salió de aquí, y, en fin, el accidente del automóvil.

Duque A usted se le antojan los dedos huéspedes, amigo Guerchard. (Va á recoger su abrigo.)

Guer. (Levantándose y cerrándole el paso.) No, de aquí no se sale.

Duque Vamos, ¿qué dice usted? ¿Pero es en serio? (Pausa.) ¿O es una bromita?

Guer. (Pasándose la mano por la frente.) Perdón, señor Duque. No sé lo que me digo.

Duque (Sonriendo.) ¡Caramba, ya se conoce!

Guer. Ayúdeme, ayúdeme usted. He querido decirle que se quede para auxiliarme contra Lupin. ¿Quiere usted proporcionarme esa satisfacción?

Duque Con mucho gusto. ¿Pero usted me promete no darme más disgustos? (Pausa.) ¿Qué vamos á hacer?

Guer. La diadema está dentro del cofrecillo.

Duque Ya lo sé. Esta tarde, por indicación de mi suegro, la cambié de sitio.

Guer. Pues entonces, ya podemos esperar tranquilamente á Lupin.

Duque Le esperaremos sentados para mayor comodidad, ¿no le parece? (Pausa.) De manera que usted sigue creyendo, que, como sucede en los cuentos de hadas, al sonar las doce en el reloj, oiremos un ruido misterioso y aparecerá Lupin como un fantasma, cogerá la diadema y, lanzando una formidable carcajada, desaparecerá dejándonos absortos.

Guer. Amigo Duque, no es cosa de risa.

Duque Pues á mí me encanta la idea de que llegue el momento de que pueda conocer á ese audaz aventurero que hace diez años se viene burlando de usted tan lindamente.

Guer. ¿A quién le dice usted eso?

Duque ¿A quién sino á usted? (Pausa. Señalando una puerta.) ¡Chist! Alguien viene.

Guer. (Escuchando.) No.

Duque Sí; llaman. (Tocan discretamente en la puerta del primer término izquierda.)

Guer. ¡Tiene usted buen oído! (Se dirige á abrir la puerta sin separar la vista del Duque.) Entra, Boursin. ¿Traes las esposas?

Bour. Tómelas. (Se las entrega.) ¿Hace falta que me quede?

Guer. No. ¿Está nuestra gente en el patio?

Bour. Sí, señor. Todo está vigilado.

Guer. Si alguien pretende entrar, sea quien sea, (Al Duque.) me lo atais bien fuerte, (El Duque se ríe.) y si hay necesidad, haceis fuego.

Duque ¿Para que se calienten? (Boursin se va.) Vamos, es usted terrible. De este modo me va usted á privar del espectáculo de ver á Lupin. ¿Por qué tan severas órdenes? ¿por dónde va á entrar ese pobre diablo?

Guer. Lo veo difícil. Como no caiga del techo, ó como...

Duque (Rápido.) No sea usted Arsenio Lupin.

Guer. O usted. (Los dos rien.)

Duque ¡Qué gracia! En fin, le dejo á usted.

Guer. ¿Se marcha?

Duque Naturalmente. Yo me quedaba para ver á Lupin, pero desde el momento que no hay medio de verle...

Guer. Le veremos. (Confidencialmente.) Está aquí ya.

Duque ¿Lupin?

Guer. ¡Lupin!

Duque (Mirando.) ¿Dónde?

Guer. En la casa.

Duque ¡Ah, ya! ¿Disfrazado?

Guer. Sí.

Duque ¿Quizá uno de los agentes?

Guer. ¡Ca!

Duque Pues entonces, si está aquí, viene de seguro.

Guer. Lo espero. ¿Pero tendrá la osadía de venir? ¿Qué opina usted?

Duque ¡La tendrá! Acuérdese usted del día que se hizo pasar por Guerchard...

Guer. ¡Ah! Pero recientemente ha hecho algo más asombroso. (Confidencialmente.)

Duque ¿Más?

Guer. Sí. Ha fingido que era el Duque de Charmerace.

Duque ¡Qué atrevimiento!

Guer. Y lo más estupendo es que está á punto de contraer matrimonio

Duque ¡Ah, si él quisiera! Pero usted sabe que para Lupin la vida de casado...

Guer. Una gran fortuna, una muchacha bonita...

Duque El debe amar á otra.

Guer. Puede que á una ladrona.

Duque O que lo parezca. ¿Quiere usted saber mi opinión? Creo que su prometida le debe aburrir soberanamente.

Guer. Yo pienso que Lupin, bajo la añagaza de Charmerace, ha comenzado por apoderarse de la dote, por si no lograba casarse con la hija. (Con intención,)

Duque Eso demostraría su habilidad.

Guer. ¡Qué fracaso! Aguardarle con amor en un palco de la Opera mañana por la noche y tener que pasar la noche en la cárcel... Vivir soñando un mes, en subir con gran pompa las escaleras de la Magdalena, como Duque de Charmerace, y terminar rodando los

escalones de casa de su suegro, esta noche, (Con decisión.) esta noche con el aro de hierro en las muñecas. ¿Eh? ¿Qué numerito? Este es el desquite de Guerchard, el Brummel de los ladrones, con gorra de presidiario, el ladrón de frac bajo cerrojos. Para Lupin esto no es más que un ligero fastidio, pero para un duque, esto es un desastre. ¿No le parece á usted de gran espectáculo?

Duque (Que está sentado delante de él, levanta la cabeza y dice fríamente.) ¿Has terminado?

Guer. (Sorprendido.) ¿Eh? (Se levantan y quedan frente á frente.)

Duque Yo encuentro esto muy divertido.

Guer. ¿Pues y yo? (Reponiéndose de la sorpresa.)

Duque No, tú tienes miedo.

Guer. ¿Miedo? ¿Yo? ¡Ja, ja, ja! (Con risa despreciativa.)

Duque Sí. Tú tienes miedo. Y si te tuteo, policía, (Con desprecio.) no es porque arrojo mi máscara. No la tengo. Yo soy el Duque de Charmerace.

Guer. Mientes, mientes. Hace ocho años que te escapaste de la cárcel. Tú eres Lupin. Ha llegado la hora.

Duque Pruébalo. Puedes apoderarte de Lupin, pero ahora prenderías al Duque de Charmerace, miembro del Jockey Club, del Casino, que vive en un hotel del boulevard Saint-Germain, y próximo á contraer matrimonio con Germana Gournay.

Guer. ¡Miserable!

Duque ¡Y tú ridículo! Hazlo para que se burle de ti todo París. El Juez ya te lo ha dicho. Cuando se trata de Lupin pierdes el sexo.

Guer. Pero la diadema, esta noche...

Duque Espera. (Levantándose.) Eres un inocente. ¿Sabes tú lo que hay detrás de esta puerta? Algo que te haría estremecer. ¡Mira el reloj! Conforme se va acercando la media noche, el plazo señalado, tienes más miedo. (Violentamente.) Fíjate.

Guer. (Dando un salto.) ¿Qué?

Duque Dentro de tres minutos ocurrirá un suceso fatal é implacable.

Guer. Nada temo. Mi gente está prevenida.

Duque Acuérdate que en el momento que tú crees

seguro el triunfo, algo inesperado te hace quedar en el ridículo más vergonzoso.

Guer. ¡Gracias! Pero confiesa que tú eres Lupin.

Duque ¡Yo creí que tú estabas seguro! Sí, soy Lupin, ¿á qué aguardas?

Guer. Dentro de tres minutos. Antes no. Quiero ver cómo se lleva Lupin la diadema.

Duque Dentro de tres minutos la habrán robado y no me habrán prendido. Faltan dos minutos, dos minutos. ¡Adelante, señores! (Cómicamente.) Por si acaso... (Prepara su revólver.)

Guer. (Sacando el suyo.) Yo tampoco me he venido desprevenido... traigo esta tontería... ¡Tiritos á mí!

Duque ¡Ca! ¿No dijiste antes que disparásemos contra el que entrara?

Guer. Sí.

Duque Pues yo me preparo porque Lupin va á entrar. Falta un minuto.

Guer. Al menor movimiento que usted haga... tiro de pichón. (El reloj comienza á sonar las doce. Guerchard y el Duque se miden con la mirada. Dos veces el Duque inicia un movimiento. Guerchard le detiene la acción. Al último golpe de reló se abalanzan sobre la mesa donde está el cofrecillo abierto. El Duque coge su sombrero que está al lado y Guerchard coge la diadema.)

Guer. ¡He vencido! ¡La diadema está aquí! ¿Y ahora también he sido burlado?

Duque (Alegremente poniéndose el gabán.) ¡Más que nunca! ¡No te parece que pesa poco! ¡Tonto! La buena, la auténtica (Desabrochándose el abrigo y mostrándola.) está aquí. ¡Esa es falsa!

Guer. (Mirándola.) ¿De veras?

Duque (A los dos agentes que entran por la izquierda.) ¡Han robado la diadema! (Huye rápidamente por la puerta izquierda.)

Guer. (Desesperadamente.) ¿Dónde está?

Bour ¿Quién?

Guer. ¡El Duque!

Bour. ¿El Duque?

Guer. (Abrumado.) Corred, buscadle, impedid que entre en su casa. ¡Me he lucido! ¡Tan cerquita como le tenía!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncito de fumar muy elegante en casa de Arsenio Lupin. Mesa de trabajo sobre la que hay un teléfono; divanes, un taburete con asiento que puede levantarse, sillas lujosas, un secretaire, etcétera. Al fondo, en el centro, un hueco grande que da sobre la caja de un ascensor con su verja para cerrarle. Delante, á la derecha de esta caja una biblioteca. Al fondo, á la izquierda y en ochava, puerta que da acceso al vestíbulo. Esta puerta es grande y estará abierta. A la derecha, en segundo término una ventana que da á la calle. A izquierda y derecha, primer término, puertas. Es de día. La biblioteca es simulada, con el objeto de que pueda correrse en un momento determinado, y ocultar á la vista del público el ascensor. Este ascensor constará de dos compartimientos superpuestos, ó sea uno encima del otro, y ascienden y descienden por intermedio de poleas y contrapesos, muy sencillamente. Para el juego escénico de final del acto, está claro que Lupin entra en el ascensor inferior, y al descender éste, queda á la vista el ascensor superior que es en el que entran Guerchard y Boursin, y que en vez de bajar sube, quedando entonces á la vista el inferior, de donde sale Lupin disfrazándose, y finalmente vuelve á bajar el ascensor y salen entonces Guerchard y Boursin.

ESCENA PRIMERA

VICTORIA y CHAROLAIS

Char. ¿Han llamado? (Volviéndose á Victoria. Charolais está observando desde la ventana.)

Vict. No. ¿Dónde estará? Ya son las seis. Estoy intranquila. El golpe debe haberse dado después de media noche. ¿Qué le habrá ocurrido?

Char. (Desde la ventana.) Deben estarle vigilando y no se atreve á entrar.

Vict. Charolais, tengo miedo. Por si entraba por la puerta secreta, he hecho bajar el ascensor.

Char. ¿No sería prudente telefonear á la casa de Passy?

Vict. No. Yo confío en que vendrá pronto.

Char. ¿Y si llaman? ¿Si vienen á registrar la casa?

Vict. Eso es lo que yo estoy pensando. ¡Si vinieran á prenderme á mí!

Char. ¿Y si le han cogido á él?

Vict. No digas eso. (Pausa.) ¿Están ahí todavía los dos agentes?

Char. Sí; delante del café; (Observando.) ahí enfrente. ¡Calla!

Vict. ¿Qué?

Char. Dos individuos que corren.

Vict. ¿Vienen hacia aquí?

Char. No. Se acercan á los guardias, les hablan y atraviesan todos la calle corriendo. ¡Vienen, vienen!

Vict. ¡Y él, que no ha llegado todavía! Con tal que ellos no suban, con tal que él no llame... (Suena un campanillazo en el vestíbulo. Charolais y Victoria se quedan mudos de espanto. Se abren las portezuelas del ascensor y aparece el Duque con el rostro desencajado, pálido, transfigurado, sin cuello, etcétera. Las puertas del ascensor se cierran.—Con ansiedad.) ¿Estás herido?

Duque No. (Nuevo campanillazo. (A Charolais con una energía precisa.) Ponte el chaleco de librea y ves á abrir. (A Victoria.) Cierra la biblioteca y ocúltate en seguida. No vayas á comprometernos. (El Duque sale precipitadamente por la primera derecha.)

(Victoria corre la biblioteca y oculta el emplazamiento del ascensor. Vase rápidamente, primer término derecha. Charolais sale por la puerta del vestíbulo.)

ESCENA II

CHAROLAIS, DIEUSY, BONAVENT y después el DUQUE

Char. (Sale con los agentes por el vestíbulo.) El señor Duque...

Dieusy Menos cumplidos... ¿Por dónde se ha marchado?

Bon. Hace dos minutos que le teníamos casi en nuestro poder.

Dieusy Cerca de cuatro horas que estamos vigilando la entrada.

Bon. ¿No nos habremos equivocado? ¿Tú estás seguro de que era él?

Dieusy Hombre, por las señas... Jurarlo...

Char. Pero, señores: yo no puedo dejarles á ustedes aquí. El señor Duque aun no se ha levantado y me regañaría.

Dieusy ¡Sí! ¡Levantado! ¡El señor Duque! ¡No ha parado de correr desde las doce! ¡Y que tiene unas piernas!...

Duque (Entrando por la primera puerta derecha. Sale vestido con camisa de dormir, zapatillas y un pyjama obscuro.) Decían ustedes...

Bon.
Dieusy } ¡El!

Duque Eran ustedes los que armaban todo este jaleo? (Dieusy y Bonavent se miran cohibidos.) ¿A ver? (Fijándose en ellos.) Ya les conozco á ustedes. ¿No están á las órdenes de Gerchard?

Los dos Sí.

Duque Bueno, ¿y qué desean?

Dieusy Pues... (Mirando á su compañero.) Nada... que se han debido equivocar.

Duque En ese caso... (Hace un signo á Charolais. Este abre la puerta.)

Dieusy (Saliendo, á Bonavent.) ¡Vaya una plancha! ¡De esta vez á Guerchard le dejan cesante!

Bon. ¿Qué te dije yo? Me parece que vamos mal. ¡Si es un duque! (Mutis.) ¡No hay más que verle!

ESCENA III

El DUQUE solo, después VICTORIA y luego CHAROLAIS

Al quedarse solo el Duque, que ya durante la escena de los agentes no podía ocultar su cansancio, se desploma sobre el diván

Vict. (Entrando por la derecha.) ¡Pero hijo mío!... (El Duque no responde.—Victoria, tomándole una mano.) Tranquilízate... Serénate... Vamos. (A Charo-

lais que entra por la izquierda.) El almuerzo... Seguramente no se habrá desayunado. (Sale Charolais primera izquierda) ¿Quieres tomar algo?

Duque Sí... lo que quieras.

Vict. (Irritada.) ¿Te parece bien esta vida que llevas? ¿Es posible que sigas así? (Alarmada.) Estás pálido, desencajado. ¿Por qué no hablas?

Duque (Con voz entrecortada.) ¡Ay, Victoria, qué miedo he tenido!

Vict. ¿Tú? ¿Tú has tenido miedo?

Duque Sí. La fanfarronada de esta noche ha podido costarme muy cara. Yo mismo no me explico cómo pude ganar la puerta secreta. Todos en acecho, todos á mi caza! ¡Ay, Victoria, qué oficio!

Char. (Entrando con una bandeja con servicio de café y lo que indica el diálogo.) Aquí está el desayuno. ¡De buena ha escapado usted!

Duque ¡Sí, hasta la presente todo va bien! ¿Pero y luego? (Mutis Charolais. Mientras Victoria le sirve, el Duque examina la diadema.) ¡Es una magnífica alhaja!

Vict. Te he puesto dos terrones. ¿Quieres que te vista?

Duque Sí. (Se dispone á desayunarse. Sale Victoria.) El jamón está muy rico, los huevos muy frescos. Tenía un hambre... En el fondo, este vida es muy higiénica, no creas, y abre el apetito.

Vict. Voy á (Se arrodilla.) calzarte.

Duque ¡Ay, Victoria! ¡Que á gusto me encuentro, tranquilito, en casa!...

Vict. Tú te has propuesto matarte, ya se ve. Tú eres muy joven y esa vida azarosa que llevas de mentira, de robos, de enredos...

Duque Victoria, no me marees con tus sermones.

Vict. Y tu vida no acabará bién. Ser ladrón, no es ninguna carrera envidiable.

Duque Pero no me negarás que es una carrera que produce mucho.

Vict. ¡Cuando pienso el papel que tú me has hecho representar esta noche y la pasada!

Duque Apropósito. ¡Qué mal lo has hecho! ¡En qué apuros tan grandes nos has metido! Bien es verdad que como debutabas...

Vict. Qué quieres. Yo en mi vida me he visto en tales compromisos.

Duque Tienes razón. Como que yo no me explico que tú puedas vivir á mi lado.

Vict. ¡Qué quieres! ¡Te he visto nacer y te quiero mucho!

Duque (Dándole una palmadita cariñosa.) Y yo también, Victoria, viejecita mía.

Vict. Eres toda la cara de tu madre, tan buena, tan santa mujer. (Pausa.) ¡Siempre fuiste un diablillo! Porque de pequeño ya tenías las mismas inclinaciones; á los siete años ya robabas.

Duque Terrones de azúcar...

Vict. Y á los doce...

Duque Pitillos á mi padre.

Vict. ¡Sí pitillos! ¡Y también el dinero que podías!

Duque Bueno, pero todo se quedaba en casa.

Vict. Sin embargo, á pesar de ello, tú no estás corrompido; no has hecho daño á nadie, no has robado más que á los ricos.

Duque ¡Como que son los únicos que tienen dinero, Victoria!

Vict. ¿Por qué te gusta eso? Tú tienes aptitudes para otras gran cosas.

Duque ¿Por qué? Pues verás. Yo en los pocos años que tengo he sido estudiante de medicina, de derecho, prestidigitador, cómico, matador de novillos en Burdeos y policía. Después me metí en el gran mundo como Duque de Charmerace y créeme, nada hay en la vida de tanta emoción ni provecho como este oficio que me permite vivir tan cómodamente instalado. Cuando no se puede ser un gran artista ó un gran guerrero, no hay más que ser un gran ladrón.

Vict. No digas locuras, no hables así. Si tú amases á alguien, seguramente pensarías de otro modo. El amor te haría otro hombre. ¿Por qué no te casas?

Duque (Pensativo.) Porque no saldría de lo mismo. El matrimonio es un robo con fractura. (Pausa.) Sin embargo, no creas, he pensado en ello.

Vict. ¿En serio? ¿Una mujer? ¿Una mujer para toda la vida? ¿Cómo es, rubia ó morena?

Duque Rubia como una moneda de oro.

Vict. ¿Y quién es?

Duque Una del oficio.

Vict. ¿Ladrona también? ¡Ave María Purísima!

Char. (Entrando.) ¿Retiro esto?

Duque Puedes llevártelo (Suena el teléfono.) ¡Chist! (En el teléfono.) Sí. ¿Es usted? (A Charolais.) Es Germana, mi prometida Sí, he pasado una noche excelente. ¿Que quiere hablarme? ¿Me espera en el Grand Hotel?

Vict. No vayas.

Duque ¡Chist! (En el teléfono.) ¿Dentro de diez minutos?

Char. Es un lazo.

Duque ¿Tan grave es? Pues bien, voy en seguida. (Deja el teléfono.)

Vict. ¿Y si ella lo sabe todo y quiere vengarse y te manda prender?

Char. Claro, porque el juez de instrucción ya debe estar en el Grand Hotel con Gournay.

Duque (Después de reflexionar.) Estais locos, si ellos quisieran prenderme, si tuvieran la prueba material, que aún no la tienen, Guerchard ya estaría aquí. ¡Y que no es pesado cuando se pone!

Char. ¿Entonces por qué le han perseguido á usted?

Duque (Enseñándole la diadema.) Por esto. (Abriendo uno de los cajoncitos de la biblioteca y sacando una cartera.) Las pruebas materiales, lo más definitivo, el acta de defunción del Duque de Charmerace y cuanto pudiera comprometerme, lo tengo aquí. (A Charolais.) Mi maletín. (Metiéndolo en el maletín.) Y lo guardo ahora porque si, como es lo más seguro, tenemos que escapar y algún día me cogen, no crea ese pobre Guerchard que yo asesiné al Duque. Yo no he asesinado á nadie.

Vict. (Entregándole el abrigo y el sombrero.) Verdad, porque lo que es á corazón...

Char. ¡Tan fácil como hubiera sido quitar de en medio al Duque de Charmerace cuando estaba enfermo!

Duque (Disponiéndose á salir.) Me disgusta oirte hablar así.

Char. Y en lugar de eso, usté le salvó la vida.

Duque Yo quería mucho á aquel muchacho. ¡Se me parecía tanto!

Vict. Como dos hermanos gemelos.

Duque Precisamente su semejanza fué lo que me determinó á sustraerle sus papeles cuando él murió y fingirme Duque de Charmerace. (Mirando el reloj.) Las siete y media. Me voy al Grand Hotel.

Vict. (Vivamente.) ¿Pero así, sin un disfraz, sin ver siquiera si te espían?

Duque Llegaría tarde y Germana podría reprocharme esta informalidad. Yo jamás hago esperar á las mujeres. Victoria, oculta la diadema en ese taburete. (Hace mutis primer término izquierda.)

Vict. ¡Es un caballero! En la Edad Media hubiera dirigido una Cruzada... hoy... conquista diademas. (La guarda en el taburete, del que levanta la tapa.)

Char. Es tan fantástico que es capaz de decírselo todo á Germana, por hacerse el interesante No nos queda más que el tiempo justo para preparar nuestra equipaje. (Cuando se dispone á salir llaman en el vestíbulo.)

Vict. Han llamado.

Char. Márchese. Yo abriré. (Victoria se marcha por la derecha. Charolais se dirige al vestíbulo. La escena queda sola.)

ESCENA IV

BOURSIN, CHAROLAIS, DIEUSY y después DUQUE

Char. (Desde dentro.) ¿Y no podía usted haber subido por la escalera de servicio?

Bour. (Disfrazado de mandadero del Grand Hotel.) Yo no lo sabía.

Char. Traiga la carta.

Bour. Tengo orden de dársela en propia mano al señor Duque.

Char. Entonces, espere usted que vuelva. Precisamente el Duque ha ido al Grand Hotel. Si quiere aguardarle, siéntese ahí fuera. (Llevándole hacia el vestíbulo. Cierra la puerta. Charolais va en busca de Victoria. Boursin asoma la cabeza con

precaución, va á abrir la puerta de entrada y llama.) ¡Dieusy!

Dieusy (Entrando.) ¿Qué?

Bour. ¿Has visto? Lupin ha caído en la trampita del teléfono.

Dieusy ¿Ha ido al Grand Hotel?

Bour. En su automóvil. Volverá dentro de cinco minutos. Voy á cortar el hilo del teléfono. ¡Y luego dice Guerchard que yo soy un queso! (Corta los hilos del aparato.)

Dieusy (Enseñándole el maletín.) Oye; un maletín. Algo gordo habrá dentro.

Bour. Pues mira, puede. (Se dirige hacia el sitio donde estará el maletín. Se oye ruido en la puerta de la derecha.) ¡Demonio! Demasiado tarde. Vienen. (Vanse al vestíbulo.)

Char. (Entra unos periódicos que pone sobre la mesa. Se oye sonar el timbre dentro.) ¿Eh? (Asombrado. Da un salto, abre la pnerta, atraviesa el vestíbulo y desaparece dejando la puerta abierta.)

Bour. (Sale corriendo, coge una cartera que hay dentro del maletín y se la guarda en el bolsillo.)

Char. Nadie. ¿Qué significará esto? (A Boursin.) ¿Otra vez la carta? Trae hombre. (Boursin va á salir. En este momento entra el Duqne por la puerta de la primera izquierda, trae una caja pequeña de cartón bajo el brazo.)

Duque ¿Qué es eso? (Deja la caja sobre la mesa. Fijándose en la gorra que Boursin tendrá en la mano.) ¡Ah! ¿Del Grand Hotel?

Bour. Una carta de monsieur Gournay. (Boursin va á salir.)

Duque Un instante. ¿Tiene usted prisa?

Bour. Sí, señor, porque si tardo me regañan.

Duque (Que ha leído la carta.) Pues espere que tiene respuesta.

Bour. Está bien.

Duque (A Charolais.) Es de Germana. Y dice así: «Sé por Guerchard cuanto ha pasado. El hombre que ama á una ladrona es indigno de mí, y le anuncio el fallecimiento del duque de Charmerace; ocurrido hace tres años y mi proyecto de matrimonio con su primo y heredero, con el señor de Relcieres, que hereda sus títulos. Por la señorita Gournay, su doncella Irma.» (A Boursin, que poco á poco ha

ido acercándose á la puerta.) Espere, amigo (A Charolais.) Escribe, tú. (Dictando.) Señorita: Hace usted perfectamente. Ya tendré el honor de enviar esta tarde, á la futura señora de Relcieres, mi humilde regalo de boda. Expresiones á la familia. Por Jacobo de Bartuk, marqués de Relcieres, príncipe de Virieux, duque de Charmerace...

Char. ¿Pongo alguna otra cosita?

Duque Es bastante. Aunque por lo que me cuestan los títulos... Pon. Su ayuda de cámara, Arsenio.

Char. ¿Pero pongo Arsenio?

Duque (Dictando se ha aproximado al maletín y al notar que no está cerrado, inspecciona á Boursin.) ¿Por qué no? ¿Ya está? ¡Dame! (A Boursin.) Tenga. (Hace una seña para que sujete á Boursin por la espalda.)

Bour. ¿Qué es esto? (Al verse sorprendido.)

Duque Pues esto es, que no sirves para ladrón. (Sacándole la cartera que llevaba oculta bajo el dolman.)

Bour. ¡Infames!

Duque Anda, márchate y toma la propina para que no hagas recados de balde. (Le da un puntapié.) Cuéntaselo á Guerchard.

Bour. (Desde la puerta.) Dentro de diez minutos estará aquí.

Duque Gracias por la noticia.

ESCENA V

DUQUE, CHAROLAIS y VICTORIA

Duque (Volviendo á Charolais.) Iros todos. Dentro de diez minutos vendrá. Esperadme en la casa de Passy. (Mutis Charolais primera izquierda.)

Vict. (A Lupin.) ¿Y tú? ¿No nos acompañas?

Duque (Poniéndose al teléfono.) Iré pronto. Aun no han dado con la salida secreta.

Vict. ¿Tú qué sabes? ¿Pero estás loco? ¿A quién telefoneas?

Duque A Sonia. Sonia va á venir y va á encontrarse con Guerchard. (Desesperado.) Pero no responden. Oigan. Están sordos.

Vict. (Asustada.) Vamos á casa de ella, pero huyamos de aquí.

Duque (Con agitación creciente. Al teléfono.) Oiga... Central... no responden... Oiga... ¡Qué desesperación!... Oiga... ¡Este teléfono!... (Observando que han cortado los hilos.) Aquí veo la mano de Guerchard.

Vict. ¿Y qué vamos á hacer?

Duque Ella seguramente está para venir. ¡Cómo impedirlo! Van á prenderla.

Vict. Pero, ¿y tú?

Duque Pero, ¿y ella?

Vict. Os van á coger á los dos.

Duque (Poniendo la mano sobre la cajita que ha traído.) ¡No será vivo! ¡Yo te lo juro!

Vict. (Aterrorizada.) ¡Siempre pensando en esa cosa maldita que escondes con tanto misterio. (Suena el timbre. Duque y Victoria se miran angustiosamente. Con voz sorda.) Es ella.

Duque (En voz baja é inmóvil.) No, es Guerchard. (Pausa.)

Vict. ¿Qué va á ser de nosotros?

Duque (Después de un silencio. Con sangre fría, imperiosamente y con una autoridad extrema, lentamente, gravemente.) Entiéndeme bien. Tú abres y cuando haya entrado, darás la vuelta y te irás por la escalera de servicio. Espera á Sonia en la puerta é impídela á toda costa que entre.

Vict. ¿Pero y si Guerchard me detiene?

Duque ¡Chist! Llaman otra vez. Vé á abrir y haz lo que te he mandado.

Vict. (Resignada.) Voy, hijo mío. (Sale.)

ESCENA VI

DUQUE solo. Cae desfallecido en el diván

¡Con tal que llegue á tiempo! ¡Que Victoria pueda impedir!... ¡Pobre criatura! ¡Mi querida Sonia! (Dominandose.) Animo, Lupin. (Levantándose. Coge la caja y la coloca en uno de los estantes de la biblioteca.) ¡Es mi último recurso!

ESCENA VII

DUQUE, GUERCHARD, BOURSIN y SONIA

Guer. (Entrando rápidamente y parándose en el dintel.) Buenos días, amigo Lupin.

Duque ¡Tanto bueno por esta su casa, señor Guerchard! (Zumbonamente.) ¡Cuánto siento que no estén los criados para recibirle con todos los honores!

Guer. No te apures. Ya tendré ocasión de verlos, (Con intención.) en la cárcel. (Mirando en torno suyo.) ¡Caramba! ¡Qué bien vives! Ya se conoce que trabajas con provecho! ¿Y Victoria, sigue aquí?

Duque (Vacilando, con la voz alterada.) ¿La has prendido?

Guer. Sí.

Duque ¡Ah! (Pausa. Se sienta uno frente á otro sin dejar de estudiarse.) ¿De dónde vienes? ¿Traes todo en regla?

Guer. Sí.

Duque ¿Contra Lupin llamado Charmerace?

Guer. ¡Contra Lupin llamado Charmerace!

Duque Pues entonces, ¿qué esperas?

Guer. Nada. Pero me da tanto placer saborear este minuto en toda su plenitud. ¡Lupin!

Duque El propio cosechero.

Guer. ¡A merced mía!

Duque Bueno; falta un poquito.

Guer. (Inclinándose sobre él.) ¿Tú sabes donde está Sonia en este momento?

Duque ¿Y tú?

Guer. Yo sí lo sé.

Duque ¿Dónde?

Guer. En un modesto hotel. Cerca de la Estrella.

Duque ¿Quieres telefonearla? Te puedo decir el número y todo. 57-30.

Duque ¿Y ella qué te puede importar? (Con voz mal contenida por la emoción á veces suplicante y otras enérgica.) No es ella la que te interesa. Soy yo el que tú buscas, y al que tú odias, soy yo el que te hace falta. Déjala tranquila, nada te ha hecho. No toques á Sonia.

Guer. Eso depende de tí.

Duque ¿De mí?

Guer. Voy á proponerte un arreglito. Yo te ofrezco... es decir, á ti personalmente, no te ofrezco nada.

Duque Me gusta tu franqueza. ¿Y aparte de esto?...

Guer. Yo te ofrezco la libertad de la persona que te interesa, de Sonia.

Duque ¿Tu palabra de honor?

Guer. Mi palabra.

Duque ¿Y cómo te las vas á arreglar?

Guer. Muy sencillo. Los robos cometidos por ella, los cargaré en tu cuenta.

Duque Vamos, un endoso. En cambio, ¿qué es lo que te hace falta?

Guer. Todo. Los cuadros, los tapices, el mobiliario Luis XIV, la diadema y el acta de defunción de Charmerace.

Duque ¡Y un mechero automático!

Guer. ¡También se toma! (Llaman á la puerta. Guerchard se dispone á salir.)

Duque (Vivamente.) Espera, espera.

Guer. (A Boursin que entra.) ¿Quién es?

Duque (Fuertemente.) Yo acepto, yo acepto todo.

Bour. (A Guerchard.) El panadero.

Duque Retiro lo dicho. (Boursin hace mutis.)

Guer. ¿Rehusas francamente? Lo siento. Mi proposición era muy razonable.

Duque ¡Ya lo creo! Pero amigo, te has puesto imposible, te has vuelto muy exigente. (Vuelven á llamar.)

Guer. ¿Otra vez?

Bour. (Entrando.) Está...

Guer. ¿Quién ha llamado?

Bour. La señorita Sonia.

Guer. Detenla y amárrala.

Duque (Dando un salto.) No, jamás, no la toques.

Guer. Entonces, ¿tú accedes? (Pausa larga.)

Duque (Pálido, desfallecido, se apoya sobre la mesa sin responder. Al fin hace un signo afirmativo con la cabeza. A Boursin.) Que se espere la señorita Sonia. (Boursin sale. Guerchard volviendo hacia el Duque.)

Guer. El acta del fallecimiento de Charmerace.

Duque (Sacando un papel de su cartera.) Aquí está.

Guer. (Desdobla rápidamente el papel y lo lee.) Pero ¿y los cuadros? ¿y los tapices?

Duque (Dándole un papel doblado.) Aquí está el recibo. Todo se halla en un guardamuebles.

Guer. (Examinando el papel que le ha dado el Duque.) Aquí no está la diadema.

Duque La estás pisando.

Guer. ¿Qué? (Se inclina, levanta la tapa y saca la diadema.)

Duque ¿Quieres el estuche?

Guer. (Examina la diadema con desconfianza y la pesa varias veces.) ¿No será *ful* como la otra?

Duque No, hijo, no. ¿Has acabado la liquidación?

Guer. Ahora tus armas.

Duque (Dándole su revólver.) Ahí va. Cuidadito, que está cargado, no ocurra una desgracia.

Guer. Aun no las tengo todas conmigo.

Duque Ahora cumplirás tu palabra.

Guer. (Sacando las esposas.) Tus manos primero.

Duque Tu palabra.

Guer. Tus manos. ¿Quieres ó no quieres la libertad de esa muchacha?

Duque Me coges en un momento tonto. Hace falta que yo esté enamorado para que sea tan poco hombre de mundo.

Guer. Vamos, las manos.

Duque Ya puedes darte tono. ¡Tienes suerte! ¿Estás casado? (Extiende las manos y Guerchard le pone las esposas.)

Guer. (Picaresco.) Sí, sí. ¡Boursin! (Entra.) La señorita Sonia queda libre. Díselo y déjala entrar.

Duque (Sobresaltado.) ¿Con esto en las manos? ¡Jamás! Y eso que hubiera querido verla... En fin, sea, la quiero ver. (Guerchard y Boursin se retiran al vestíbulo.) No, no.

Guer. (Que no le ha oído vuelve con Sonia.) Está usted libre, señorita. Dé usted las gracias al Duque, puesto que á él se lo debe usted.

Sonia ¡Libre! Y es á usted, (A Guerchard) y es á él...

Guer. Sí.

Sonia (Al Duque.) Gracias, gracias. (El Duque se vuelve para que Sonia no le vea con las esposas puestas.) Yo he hecho mal en venir aquí. Ayer creía... Me he equivocado... Perdón, ya me voy.

Duque (Dolorido.) Sonia...

Sonia No... no. Ya comprendo. Era imposible. ¡Y si usted supiera con qué alma tan trasformada he llegado aquí!... Yo le juro que re-

niego de todo mi pasado, y la sola presencia de un ladrón me repugnaría.

Duque Sonia. ¡Cállese usted!

Sonia Sí. Tiene razón. ¿Puede uno borrar lo que ha sido? Yo pasaré años enteros de remordimientos para elevarme á sus ojos. Sonia, señor Duque, ¿qué es? ¡Una ladrona! Pero usted sabe por lo que yo robaba; no pretendo excusarme. Cuando yo le he amado no era el corazón de una ladrona el que latía, era el corazón de una pobre muchacha que quería con toda su alma.

Duque ¡Usted no puede imaginarse todo lo que me está torturando!

Sonia Ya me voy. No nos veremos más. Ahora, al menos, ¿quiere usted darme la mano?

Duque (Atormentado.) No.

Sonia ¿No quiere usted?

Duque (En voz baja.) No, no puedo.

Sonia Usted no me debería abandonar así... en este momento. (Se dirige hacia la puerta.)

Duque (Con voz baja y balbuciente.) Sonia. (Sonia se detiene.) Usted, Sonia, usted ha dicho que la presencia de un ladrón la repugnaría, ¿no es verdad?

Sonia Sí. ¡Se lo juro!

Duque ¿Y si yo no fuera lo que usted cree?

Sonia ¿Qué?

Duque ¡Si yo no fuera el Duque de Charmerace!..

Sonia ¿Usted?

Duque ¡Si yo fuera un ladrón! ¡Si yo fuera! ..

Guer. (Picaresco.) Arsenio Lupin.

Sonia (Balbuciente.) ¡Arsenio Lupin! (Ella advierte sus esposas y da un grito.) ¡Es verdad! ¿Pero es por mi causa por lo que usted va á la cárcel? ¡Ah, Dios mío, qué feliz soy! (Sonia se arroja sobre el Duque y le abraza.)

Guer. (Con un gran gesto.) ¡Y á esto es á lo que llaman las mujeres arrepentirse! (Sin dejar de vigilar al Duque va al vestíbulo para dar órdenes.)

Duque (A Sonia trasportado de alegría, como un niño.) ¿Ves tú? Déjame que te lo diga. Tus palabras han iluminado mi corazón, yo no sé si estoy arrepentido, pero estoy cambiado, soy muy feliz.

Guer. Bien. Terminó el idilio.

Duque Guerchard. Yo te debo, después de tantos males, el mejor minuto de mi vida.

Bour. (Entrando.) Señor Guerchard. La entrada secreta ya la conocemos. Está en la bodega.

Guer. Ya comprendo por qué te has orientado tan pronto.

Bour. No, si no queda nada. ¡Ni gota! (Mutis.)

Sonia (Aparte.) Pero, ¿ahora van á separarnos?

Duque Ahora ya me es igual. Pero vete tranquila. No iré á la prisión.

Guer. Vamos, vamos. Márchese usted. (A Sonia.)

Duque Vete, Sonia, vete. (Sonia se aleja. El Duque da un salto, Guerchard se precipita, pero el Duque se inclina.) Se te había caído el pañuelo. (Se lo entrega. Sonia lo besa y se va. El Duque tranquilamente se tiende sobre el diván.)

Guer. El coche celular espera abajo. Levántate.

Duque No tengas prisa que el contador no corre. Es muy temprano todavía.

Guer. Vamos.

Duque ¡Pero hombre, antes almorzaremos! Ir á la cárcel en ayunas...

Guer. Cuidadito. Todos tus recursos los conozco.

Duque ¿Todos?

Guer. Todos.

Duque (Levantándose.) ¿Y este lo conocías? (Quitándose las esposas y arrojándolas al suelo.) ¡Acuérdate de que fuí prestidigitador!

Guer. (Muy furioso.) ¡Ya es intolerable! ¡Boursin! ¡Dieusy!

Duque (Con un tono seco y seguro.) Guerchard, escucha, que esto va en serio. Yo tenía que elegir entre la felicidad de la vida con Sonia ó la prisión. Mi partido ya está tomado. Viviré feliz con ella ó moriré contigo. Ahora que entre tu gente. (Guerchard corre hacia el vestíbulo.) ¡Ni una palabra más y pase lo que pase! (Mientras Guerchard está en el vestíbulo, el Duque saca de la cajita una bomba. Al mismo tiempo oprime un botón, córrese la biblioteca, se abre la puerta y el ascensor aparece. Guerchard entrando con sus hombres.)

Guer. ¡Atadle! ¡Fuerte!

Duque (Terrible.) ¡Atrás todos! (Todos se echan hacia atrás tumultuosamente.) ¡Las manos al aire! No conseguiréis vuestro propósito. Atadme fuerte.

Esta bomba me librará de vosotros. (A Guerchard.) Antes moriré, moriremos todos, que entregarme. Tú también. (A Guerchard.) ¡Las manos arriba!

Guer. (A los amedrantados Agentes.) ¿Pero no os da vergüenza? ¿Creéis que se atrevería?

Duque Ven á verlo.

Guer. Sí. (Avanza hacia él. Todos arrojándose sobre Guerchard.) Está usted loco. Es una temeridad.

Duque (Siempre con la bomba en la mano.) ¡Vuestra cobardía me da asco! (Movimiento de Guerchard. El Duque levanta en el aire la bomba y todos retroceden de nuevo.) ¡Qué lástima que no haya venido un fotógrafo! ¡Qué grupo tan interesante! (Resueltamente.) ¡Paso ó sucumbimos todos! (Movimiento de pánico. Lupin salta al ascensor.)

Guer. ¡Pero gallinas! (A los Agentes.) ¿Y tenéis miedo?

Bour. ¿Usted se cree que yo no hago falta en mi casa? ¡Cualquiera se atreve!

Guer. Se nos va. Gracias á que la salida secreta está guardada. (Todos se precipitan sobre el ascensor que ha descendido y corren enloquecidos en varias direcciones.) Esta puerta hay que abrirla. (La del ascensor.) Vosotros á la calle, á la salida secreta. (Salen rápidamente por la puerta primera izquierda.) No hay que perder un minuto. (En este momento se abre sola la verja del ascensor. Guerchard y Boursin se precipitan en el ascensor. El primero oprime un botón y el ascensor se eleva, desapareciendo Guerchard y Boursin.) ¡Pero si estamos subiendo! ¡Subiendo! ¡El botón de parada, el botón de parada! (Buscando nervioso. El ascensor sube lentamente. Se oyen los gritos de Guerchard. El Duque aparece en el compartimento inferior idéntico al otro. En el momento que la plataforma está al nivel del escenario, entra en escena y dice, con expresión cómica.) ¡Bloqueados! (Se coloca un gabán grande, un sombrero y una bufanda blanca iguales á las prendas de Guerchard, para que al salir pueda momentáneamente confundirse con él.)

ESCENA VIII

El DUQUE y SONIA

Duque Por un momento seré Guerchard. Da, da fuerte. En seguidita van. (Mirando hacia arriba.) ¡Demonio, dónde he puesto la bomba! (Entra en el ascensor y coge la bomba y levantando el brazo dice:) ¡Momento trágico! (Deja caer la bomba que es una pelota.) ¡Momento cómico' Ahora deprisa. (Mira por la cerradura de la puerta del vestíbulo.) ¡Un Agente y Victoria! ¡Pobre Victoria! (Corre el cerrojo. Va hacia la derecha y oye ruido.) Más agentes. (Aparece Sonia.)

Sonia ¡Dios mío! ¡Guerchard!

Duque (Vivamente.) No; soy yo. Vámonos á una vida nueva, feliz y dichosa. Ya no seré más que ladrón de tus besos, de tus pensamientos y de tu corazón. (Se abrazan. Va precipitadamente hacia la caja del ascensor.)

Sonia Estaba intranquila. Necesitaba saber qué había sido de tí. ¿Oyes? ¿Qué ruido es ese?

Duque Es Guerchard que lo tengo arriba cogido en la ratonera. Soy feliz. Ya no robaré más. Apropósito. Guarda este magnífico cronómetro que se lo acabo de robar á Guerchard para saber exactamente la hora de mi fuga.

Sonia Acaba, huyamos.

Duque Espera. (Llamando á un Agente y colocándose de espaldas y cambiando la voz.)

Agente ¿Qué desea? (Sale sujetando á Victoria por el brazo.)

Duque Agente. Lupin está en el ascensor detenido por Boursin. Van á bajar.

Agente ¿Lupin?

Duque Sí. Y no se deje usted engañar por su disfraz. Echele mano en seguida.

Agente Está bien. (Mutis.)

Duque Vamos, y vosotras dos á la cárcel conmigo. (Sacando á Victoria y cogiendo á Sonia por un brazo. A ellas.) Arsenio Lupin ha muerto, lo ha matado el amor. (El Duque oprime el timbre.) Salgamos por la puerta principal, porque los Agentes custodian la salida secreta. ¡Infelices! (Desaparecen rápidamente cerrando la puerta.

Guerchard descendiendo del ascensor y precipitándose en seguimiento de el Duque.)

Agente (Deteniéndole.) ¡Alto, ó hago fuego!

Guer. (Dando un salto.) ¿Cómo?

Agente Usted se ha disfrazado de Guerchard.

Bour. ¡Imbécil! El otro, el otro era Lupin.

Guer. (Corre hacia la puerta que está cerrada.)

Agente ¿Qué?

Guer. ¡Cerrada! ¡Demasiado tarde! (Se oye la bocina de un automóvil. Guerchard al oirlo se abalanza hacia la ventana y da un grito.) ¡Huye! ¡Y en mi propio automóvil! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Luis Gabaldón

La invencible, pasillo cómico-lírico, en un acto.
Un modelo, apropósito en un acto y en verso.
La sultana de Marruecos, juguete cómico-lírico, en un acto. (4.ª edición.)
El espanta pájaros, sainete lírico en un acto. (2.ª edición.)
Con las de Caín, zarzuela cómica en un acto.
La romería del Halcón, presentimiento cómico-lírico, en un acto.
La japonesa, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros.
El respetable público, revista en un acto y cuatro cuadros
Yo puse una pica en Flandes, caricatura, en un acto y tres cuadros, del drama *En Flandes se ha puesto el Sol*. (2.ª edición.)
Mirando á la Alhambra, cuadro andaluz, escrito expresamente para Amalia Molina.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupin, comedia en tres actos.

El cabo López, aventuras. (3.ª edición.)
Palotes, artículos y crónicas. (Agotada.)
La conquista del planeta, novela de viajes. (Agotada.)
Amor, celos y vitriolo, novela cómica.

Obras de Enrique F. Gutiérrez

La modelo, diálogo en escenas.

Géneros del Reino, revista cómica.

¡Miedo!... cuadro de costumbres catalanas.

¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.

La noche del baile, juguete cómico en un acto.

Arsenio Lupin, comedia en tres actos.

La antigua Roma. (Sonetos.)

Cascabeles de oro. (Poesías.)